

Europa, un drama abierto y un espacio de amistad

Víctor Pérez-Díaz

 funcas

EUROPA, UN DRAMA ABIERTO Y UN ESPACIO DE AMISTAD

Víctor Pérez-Díaz

Funcas

PATRONATO

ISIDRO FAINÉ CASAS
JOSÉ MARÍA MÉNDEZ ÁLVAREZ-CEDRÓN
FERNANDO CONLLEDO LANTERO
CARLOS EGEA KRAUEL
MIGUEL ÁNGEL ESCOTET ÁLVAREZ
AMADO FRANCO LAHOZ
MANUEL MENÉNDEZ MENÉNDEZ
PEDRO ANTONIO MERINO GARCÍA
ANTONIO PULIDO GUTIÉRREZ
VICTORIO VALLE SÁNCHEZ
GREGORIO VILLALABEITIA GALARRAGA

DIRECTOR GENERAL

CARLOS OCAÑA PÉREZ DE TUDELA

Impreso en España
Edita: Funcas
Caballero de Gracia, 28, 28013 - Madrid

© Funcas

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, así como la edición de su contenido por medio de cualquier proceso reprográfico o fónico, electrónico o mecánico, especialmente imprenta, fotocopia, microfilm, *offset* o mimeógrafo, sin la previa autorización escrita del editor.

ISBN: 978-84-17609-57-3
Depósito legal: M-21537-2021
Imprime: Cecabank

ÍNDICE

NOTA PRELIMINAR	5
INTRODUCCIÓN	7
1. UNA CRISIS, UN DRAMA, UN DESENLACE POR DETERMINAR	7
2. EUROPA COMO UN ESPACIO DE CONVERSACIÓN, Y DE AMISTAD	8
3. CONSTRUYENDO UN CARÁCTER MORAL, CON UNA IMPRONTA PROUSTIANA	9
4. UNA NARRATIVA DE IDENTIDADES COMPLEJAS	10
5. LO CUAL IMPLICA UNA PUESTA EN CUESTIÓN DEL MARCO INTERPRETATIVO BINARIO DE EUROPEÍSTAS Y NACIONALISTAS	12
CAPÍTULO 1. EUROPA, UNA VORÁGINE Y UN SALTO: EN UNA CRISIS DE COMPLEJIDAD CRECIENTE, CÓMO DESCENDER Y ASCENDER DEL ABISMO	15
1. EUROPA, SU CAPACIDAD DE AGENCIA Y LA RESILIENCIA DE SUS ESTADOS NACIÓN	15
2. ESPAÑA, UNA TRAYECTORIA DRAMÁTICA Y UN BREVE <i>EXCURSUS</i>	22
3. LA PANDEMIA, CLAVE DE LA CRISIS Y SIGNO DE LOS TIEMPOS	26
4. EL DESCENSO, EL SALTO SOBRE EL ABISMO Y EL ASCENSO DEL <i>MAELSTRÖM</i>	35
5. IMPORTANCIA ESTRATÉGICA DE LOS PEQUEÑOS ESPACIOS Y LAS GENTES CORRIENTES, EL SENTIDO COMÚN Y LA SOCIEDAD CIVIL	42
CAPÍTULO 2. LA SUPERACIÓN DE LOS RECHAZOS MUTUOS: LOS PROBLEMAS DE LA CONVERSACIÓN CÍVICA, Y EL EJEMPLO CATALÁN	49
INTRODUCCIÓN	49
1. LA APUESTA POR UNA COMUNIDAD POLÍTICA	52
1.1. Momento desconcertante	52

1.2. Un trasfondo de supervivientes transitorios, inquietos por durar	56
2. LA BÚSQUEDA REALISTA DE UN ESPACIO DE AMISTAD: EL EJEMPLO CATALÁN	61
2.1. Una experiencia de nostalgias, desencuentros y aprendizajes	62
2.2. Atentos a los focos de tergiversación, y elogio de lo insólito	68
BIBLIOGRAFÍA	75

NOTA PRELIMINAR

Europa y España se enfrentan hoy a una crisis muy grave y en cierto modo *compacta* dada la intensa conexión entre sus varios componentes, que deben ser diferenciados y relacionados entre sí: sanitario, económico, político, social, cultural. Esta experiencia compleja y acuciante provoca una percepción confusa junto con sentimientos de desconfianza e impotencia. Las elites tratan de disimular su confusión, como les suele parecer lógico, con gestos y palabras de autoridad. Pero quizá las gentes del común capten la situación con mayor realismo cuando se confiesan desconcertadas*.

Este libro contiene (aparte de la introducción) dos breves ensayos que se complementan. El primero consiste en una descripción y un análisis de la combinación de factores que hoy se dan cita en Europa, y en España, y dan lugar a aquella percepción de crisis. Planteada esta crisis como *un drama abierto* con varios desenlaces posibles, queda el buscar formas de entenderla y de superarla. Aquí recorro a una metáfora literaria (la narración de Poe del “descenso del Maelström”) para ilustrar un modo de entender la crisis como una vorágine, que da lugar a un proceso con tres secuencias: un descenso, un salto y un ascenso del abismo, en el que puede jugar un papel importante la sociedad civil. El segundo ensayo aborda el problema general de la producción y la reproducción de una comunidad política, que sólo es posible si se configura en un grado suficiente como *un espacio de amistad*. Esto requiere manejar con prudencia las diferencias internas de la comunidad en cuestión y, en particular, *civilizar los sentimientos de rechazo mutuo* a los que esas diferencias pueden (suelen) dar lugar. Para ilustrar mi argumento recorro al tema de la relación entre España y Cataluña en el momento actual, que, a su vez, puede dar lugar a una sucesión de aprendizajes, o a una cascada de errores en el conjunto de Europa.

Como cuestión de método, anticipo que, si en el primer ensayo hago uso de una metáfora literaria, en el segundo doy cuerpo a mi argumento remitiéndome a un testimonio personal. Con ello sigo, en ambos casos, la regla de combinar materiales diversos para validar un argumento plausible, atento a la interpretación de los agentes en la explicación de los procesos en curso; lo cual puede facilitar el incorporar la perspectiva del observador, y del lector, y situar la discusión en el contexto de *una conversación* lo más amplia posible, en la tradición clásica de las ciencias humanas.

Con la introducción intento situar los dos ensayos en el marco de una serie de estudios sobre Europa (patrocinados por Funcas) cuyos primeros resultados pueden verse en *Tres ensayos sobre Europa/Three essays about Europe* (Pérez-Díaz, 2020). La introducción recoge, en lo sustancial, el texto de una conferencia dada el 27 de abril

* Este ensayo ha sido elaborado en el marco de la serie de “Estudios sobre Europa” patrocinados por Funcas.

de 2021 en el Instituto de Estudios Avanzados de Köszeg, Hungría, al otro extremo de la Europa que nos abarca a unos y a otros. En ella, artículo de manera relativamente esquemática (y en el estilo propio de una presentación oral a una audiencia académica) el argumento desarrollado en *Tres Ensayos*, enfatizando sus temas principales. Lo cual resumo en términos de: un drama abierto, el objetivo de construir un espacio de amistad, el manejo de los sentimientos de rechazo y la comprensión de las diferentes identidades de los países; en todo caso, identidades complejas y basadas en memorias dramáticas. Ello me conduce a poner en cuestión la aplicación habitual del esquema binarista de nacionalismo versus europeísmo, y a poner de relieve tanto la importancia de una valoración realista de los límites y del potencial de Europa y de sus estados nación, como la variedad de los juegos estratégicos implicados en el proceso de la construcción europea.

INTRODUCCIÓN: UN PROYECTO PROUSTIANO PARA EUROPA, O EXPLORANDO UN FUTURO POSIBLE

Podemos explorar el futuro de Europa a la manera como pudiéramos explorar juntos un bosque conversando y tratando de ayudarnos unos a otros a encontrar el camino. Pienso incluso que quizá podamos hacer Europa por medio de conversaciones no muy distintas de esta. Anticipo los pasos, los temas, de esta introducción: (1) un drama abierto, (2) el objetivo de un espacio europeo de amistad, (3) una aproximación que llamaré proustiano al problema de la comprensión mutua, (4) una narrativa de identidades complejas, y (5) la puesta en cuestión de un marco interpretativo binario.

1. UNA CRISIS, UN DRAMA, UN DESENLACE POR DETERMINAR

Empecemos con algunos de los lugares comunes que muchos europeos comparten hoy. Nos encontramos en circunstancias dramáticas. Sometidos a la combinación de una pandemia con una crisis económica, un desorden político, una geopolítica inquietante (con la reemergencia de estados autoritarios muy potentes), una sociedad bastante fragmentada y, digamos, un desconcierto cultural. Son retos a los que deben enfrentarse una Unión Europea y unos estados nación europeos que parecen tener una capacidad bastante limitada para hacerlo con éxito.

De lo cual se puede inferir que hay un riesgo medio-alto de que Europa derive (posiblemente de manera gradual) hacia una entropía cada vez mayor. Quizá en una disposición de ánimo de alarma, o quizá en la de una suerte de *inertiae dulcedo*, como la Roma republicana, en la visión de Tácito en su *Agrícola* (1946 [c. 98]: 3), dejando que las cosas vayan ocurriendo, desordenándose, por sí solas.

Sin embargo, también podemos argüir que las siguientes escenas de ese drama están aún por escribir, y que el desenlace no está predeterminado. Todavía hay tiempo y espacio para dar un salto por encima del abismo, del *maelström* en el relato de Poe. Para una apuesta pascaliana de algún tipo, tratando de hacer las cosas mejor. En otras palabras, nuestra situación crítica puede verse como una oportunidad para moverse hacia adelante.

A condición de que la entendamos. La entendamos aprendiendo, escuchándonos unos a otros, siendo parte de una conversación amplia. La necesidad de comprender incrementa la importancia de aprender por el procedimiento de razonar juntos y comprometerse en un debate cívico que nos lleve a la decisión acertada y la acción correcta en el momento justo.

Un debate entre todos. Por supuesto (1) incluyendo a los principales decisores de turno, acostumbrados como estamos todos a que ellos representen su papel en el centro del escenario del espacio público. Pero también, y quizá, sobre todo, (2) incorporando a las gentes corrientes, habituadas muchas de ellas a aplicar un enfoque de sentido común a las cuestiones prácticas específicas de la política y de las políticas públicas, a hacerlo de manera cotidiana y en la vida real. Gentes sin cuyo apoyo no cabe una política pública sostenida en el largo plazo, ni que la comunidad política pueda siquiera sobrevivir mucho tiempo. Así como (3) con el concurso del tipo de “ilustrados benévolos” a cuya sabia caridad Leibniz solía referirse (Riley, 1996: 140), hace ahora cerca de tres siglos, como un factor crucial para ayudar a Europa a salir de un ciclo largo y desastroso de guerras inciviles europeas (políticas, religiosas). Ilustrados benévolos que podríamos tomar como referencia (*role models*) para los académicos y profesionales y otras variantes de espectadores comprometidos de hoy.

2. EUROPA COMO UN ESPACIO DE CONVERSACIÓN, Y DE AMISTAD

La experiencia de conversar sugiere ya la manera de construir y dar forma a Europa como un espacio de conversación y, en última instancia, de amistad. La construye, proporcionando a Europa recursos para ello, cruciales a largo y a corto plazo: reforzando su identidad y su capacidad estratégica, por lo pronto para encontrar su rumbo; pero también, aprendiendo a proceder paso a paso en rigor, el mismo primer paso de una conversación genuina da testimonio de estar ya, de alguna forma, cerca del lugar de destino.

La clave para avanzar por ese camino reside no tanto en combinar un diseño ingenioso con la fuerza de voluntad para aplicarlo, cuanto en combinar un sensible ejercicio de memoria con un grado suficiente de empatía. Para crear ese espacio de amistad lo principal no es definir un proyecto, un diseño, y hacer un despliegue de energía por medio de un texto constitucional muy elaborado, una serie de comisiones políticas, una campaña mayor de información y propaganda, y una apelación al voto popular y a las manifestaciones en las calles. Hacer Europa no requiere un proyecto voluntarista o decisionista bajo la bandera de “¡más Europa!”, o una estrategia posmoderna y nominalista basada en el supuesto de que Europa es o será lo que decidamos que sea.

Lo que se necesita es, más bien, ser suficientemente “realistas”. Para empezar, tener una suerte de sentido-común de la realidad, que nos permita ir aprendiendo a manejar Europa *como ya es en realidad*: como el resultado siempre provisional, pero capaz de resistir y de durar, resiliente si se quiere, de una experiencia de elecciones sucesivas entre diversas posibilidades por lo demás, casi siempre elecciones entre una segunda mejor opción y un mal menor. Estas elecciones se hacen, se rehacen, se

recuerdan y se interpretan una y otra vez. En otras palabras, el modo de acercarse al objetivo consiste en hacer lo posible para manejar el presente mientras reinterpretemos el pasado de una manera reminiscente de la que sugiere Otto Neurath para articular una teoría: “como marineros que deben reconstruir su barco en alta mar” (y “sin poder desmantelarlo en un dique seco y reconstruirlo en su totalidad con los mejores materiales a mano”) (Cartwright *et al.*, 1996: 89).

Reinterpretar el pasado implica manejarnos con una experiencia discutida y discutible de siglos, cargada de ambigüedad y hecha de elementos contradictorios: de recuerdos y olvidos, de ayuda mutua y de egoísmo. Implica escucharnos unos a otros mientras nos contamos el relato largo y dramático de un pasado de encuentros y malentendidos, de cooperación y de continua rivalidad, a menudo de un carácter mimético. Aprendiendo así a reconocer nuestros límites cognitivos, morales y emocionales, y a vivir con ellos mientras tratamos, tal vez, de superarlos de manera que podamos aprender de nuestros errores (o pecados, o hechos que merecen arrepentimiento...), mientras que, por otra parte, cobramos ánimo a la vista de nuestros logros. Y de esta forma, a la postre: ¿crecemos?

3. CONSTRUYENDO UN CARÁCTER MORAL, CON UNA IMPRONTA PROUSTIANA

La cuestión es que podemos interpretar ese crecimiento de maneras muy diferentes. Podemos dar por supuesto cierta unanimidad en lo relativo a mejoras básicas tales como las relativas a la alimentación, la higiene, la esperanza de vida. Pero quedan otros temas más controvertidos. Por ejemplo, podemos entender el crecimiento y el progreso en términos de acumulación de riqueza y poder y gloria y conocimiento técnico, o en los de la “formación del carácter” de las personas en cuestión¹.

A la hora de precisar el tipo de carácter moral que nos sirva de criterio para ese crecimiento podemos, y solemos, encontrar una guía para ello en, y elegir laxamente entre, las propuestas de nuestros predecesores y nuestras especulaciones del momento. Y en ese momento, tomamos una decisión como, por ejemplo, la de no confundir la magnanimidad con la ambición de alcanzar la cima del mundo como sea. ¿Elijiendo quizá una apuesta pascaliana en lugar de una fáustica? ¿Una apuesta pascaliana... o una proustiana?

Podemos considerar el aprender y entender y crecer de un modo proustiano a la luz de una definición del carácter de Proust como el de una reflexión y una oscilación continuas entre el pasado y el presente que propicia el desarrollo de la inteligencia

¹ Y dejando aparte que tales personas, estando sometidas a un ciclo vital, pueden, o no, formularse preguntas y alimentar, o no, esperanzas acerca de cierta forma de permanencia personal o colectiva (de naciones, por ejemplo).

y del cuidado por los otros, la curiosidad intensa y la empatía, la lucidez y el rechazo de la indiferencia entendida como el *summum* de la crueldad hacia los demás. El mundo sería percibido como compuesto de otros significativos, para empezar los más cercanos y siguiendo con los de tiempos y lugares más remotos; con la expectativa de que quizá (¿algunas? ¿muchas?) de todas estas gentes se escuchen con una dosis suficiente de curiosidad y de empatía. Aplicando el “principio de la caridad”, en los términos de Donald Davidson (2006): es decir, tratando de comprender lo que los demás quieren decir con lo que dicen, en lugar de dejarse ir por los senderos de la guerra a la primera oportunidad, en un juego interminable de ganar o perder.

Que ocurra una cosa u otra depende, en buena medida, de cómo definamos las “buenas cosas de la vida”². Por una parte, tal como se suelen ver las cosas hoy, estas buenas cosas de la vida se refieren a los ya mencionados poder y riqueza, gloria y (digamos, pretensiones de mágica y/o técnica) omnisciencia; pero, por otra parte, cabe que tales “buenas cosas” sean puestas en cuestión, como “vanidades del mundo”, como lo han sido y lo son, una y otra vez, en varios lenguajes morales, desde los tiempos axiales.

En todo caso, debemos introducir aquí una cautela. Porque comprender la realidad tal como es (y no meramente como debería ser) requiere un sentido de la realidad que reconozca la importancia y la frecuencia del despliegue de las pasiones de *hubris* y rapacidad, de vanidad y manía de adoctrinar al prójimo. Las cuales constituyen una parte muy importante del relato histórico hasta hoy; lo que demuestra que la virtud o la bondad moral alcanzable por los humanos tiene sus límites. Una cautela que los moralistas europeos del siglo XVII ya tuvieron muy en cuenta; y que nuestra experiencia de los últimos tres siglos, a partir de la Ilustración, no ha hecho sino confirmar.

4. UNA NARRATIVA DE IDENTIDADES COMPLEJAS

Entender... entre otras cosas la identidad compleja de todos. Porque aún nos queda por reconocer otro hecho de la realidad: la experiencia, tan difundida, de quienes viven con múltiples identidades. Y lo hacen otorgando la prioridad a una u otra según las circunstancias, lo que da lugar al diálogo interior cuasi continuo de quienes se sienten miembros de grupos diferentes al mismo tiempo. El hecho es que la humanidad tiene una amplia experiencia de manejarse de esta forma.

En el caso de los europeos que son a la vez miembros de un estado nación, los datos de encuesta nos dicen que cerca de dos tercios de los europeos (y hasta cuatro

² Otras cuestiones pueden plantearse acerca del tema mayor, ya mencionado, de los bienes básicos; y si se trata de bienes limitados, o no.

quintos en varios países) se sienten a la vez miembros de sus naciones y europeos; y así es desde hace varias décadas. Hoy las gentes viven esta experiencia doble como si formara parte del orden natural de las cosas: nada por lo que sentirse incómodos. Y esto se aplica (1) a las gentes corrientes, cuya experiencia local suele exceder, de lejos, la que puedan tener con el resto de Europa, y (2) las elites de todo tipo: los políticos, por lo común obsesionados con el control de los asuntos locales; las gentes de negocios, ansiosas por cultivar sus lazos con las autoridades y los mercados locales; los medios de comunicación, los escritores y los académicos, atentos a sus comunidades culturales y lingüísticas, etcétera.

En rigor, el dato de esta dualidad identitaria vivida como parte de un orden natural de las cosas refleja una experiencia histórica compleja y muy prolongada: una experiencia premoderna, moderna y contemporánea. Por decirlo de la manera más simple y breve posible, esa experiencia abarca (1) el largo período de una suerte de coexistencia entre imperios y autoridades regionales, en un pasado distante, (2) los tiempos de los estados modernos o cuasi-modernos, implicados en un juego de conflictos incontables y de acomodos mutuos inestables. Y por fin, en el último siglo, (3) una serie demasiado terrible de experiencias con conflictos intensos que evocaron la posibilidad de una mutua destrucción atroz, al menos por partida doble; seguida de (4) setenta años más o menos de “paz y prosperidad” en la Europa occidental y unos treinta años de algo similar en la Europa del Este. Justamente este contraste relativamente reciente de guerra y paz ha generado la experiencia de un prolongado *modus vivendi* y una aparente normalidad, y ha provocado la expectativa de un mantenimiento indefinido del *statu quo* actual, cuyo resultado es que la mayor parte de los europeos se hayan acostumbrado a vivir su doble identidad de manera natural y armoniosa, comprometidos en una suerte de pacífico diálogo interior en lo que concierne a esa dualidad.

Pero conviene recordar que este *modus vivendi* del momento encuentra sus raíces en el legado de una mezcla de simbolismos y experiencias de mucho más calado, desplegada en la *longue durée* –como lo sugiere el ejemplo de lo que podemos llamar naciones con impulsos de protagonismo.

De modo que la experiencia reciente de una Europa pacífica, unida o cuasi-unida viene dada en el marco de una narrativa que despliega los simbolismos de país, nación, *Heimat*, *patrie*, *homeland* dando a entender que la nación es impensable fuera del contexto de Europa, no ya aquí y ahora, sino a lo largo del tiempo. Impensable lo es, no sólo el verla fuera del contexto de Europa, sino el tratar de verla como no siendo una parte *muy especial* de ella. Impensable, el verla fuera de un sistema de naciones europeas como entidades laxamente conectadas entre sí, o confederaciones, o imperios, etcétera, no siendo la Unión Europea sino otro avatar más en una serie de mutaciones de ese sistema. Por lo cual, la nación trascendería la experiencia más bien reducida de los tiempos modernos y contemporáneos, que

suele exagerar el carácter diferenciado de cada nación. Siendo así que, en realidad, incluso los momentos cruciales de “pongamos primero la nación” pueden intentar oscurecer, pero no pueden evitar el hecho fundamental de que justamente ser el primero de otros muchos nos hace dependientes del reconocimiento de esos otros.

Tomemos el caso de Francia, por ejemplo, como una realidad histórica que encarna un simbolismo muy rico y complejo. El cual conecta su compromiso actual con una sociedad abierta y sus valores universalistas, con una identidad muy específica y con el sentimiento de tener una misión nacional, arraigado en una historia que vincula los simbolismos de una Tierra Santa y la Francia de Santa Juana de Arco (Kantorowicz, 2004 [1949]), atravesando las experiencias de la Ilustración y de la Revolución Francesa, por no mencionar los simbolismos del Rey Sol y de Bonaparte, con sus ejércitos sosteniendo y encarnando sus sueños de grandeza, y de ser el centro del mundo. Dispuesta a liderar Europa en cualquier momento, sin reducir su afán de protagonismo.

Por supuesto, Francia no ha estado ni está sola en ese empeño. Son muchas las naciones europeas que se han visto a sí mismas como portadoras de proyectos extraordinarios, providenciales, especialmente favorecidas por alguna divinidad. De aquí que su autoafirmación nacional y patriótica suela tener una profunda dimensión religiosa o cripto-religiosa, y ello por razones que parecieron plausibles e incluso profundas a muchas gentes razonables del momento. España, Inglaterra, Alemania, Austria, Suecia, Polonia, Hungría, los Países Bajos, Portugal, Dinamarca..., Italia/Roma y Grecia. Todas ellas, en algún momento, expansionistas por tierra y por mar y con la ayuda de Dios; y defensoras del legado de sus ancestros y de su verdadera fe; una muralla de contención contra invasores paganos que ponían en cuestión su existencia y su esencia, y la de toda Europa.

5. LO CUAL IMPLICA UNA PUESTA EN CUESTIÓN DEL MARCO INTERPRETATIVO BINARIO DE EUROPEÍSTAS Y NACIONALISTAS

Un marco interpretativo binario que contraponen rígidamente europeístas y nacionalistas opera a la contra de la creación del espacio de amistad y de la comprensión de la complejidad de sentimientos de identidad y pertenencia a los que me he referido. Ese marco tiende a distorsionar los simbolismos y las experiencias por medio de los cuales las gentes tratan de dar sentido a su doble identidad, cuestionando tanto la componente europea de esa identidad como su componente nacional, imposible de comprender desconectado de Europa. Ese binarismo cuestiona la cultura de la conversación, y añade un factor de confusión al debate europeo sobre todo tipo de temas. De este modo, aumenta el riesgo de la deriva (a la que me refería al comienzo de esta discusión) hacia variantes de (1) un capitalismo o una economía de mercado funcionando por control remoto e ininteligible para la gente corriente,

que parece llevarnos hacia una precariedad y una desigualdad cada vez más acusadas, y la marginación de la mayoría; (2) una democracia que desemboca en la partitocracia y el juego de las oligarquías y del populismo, y una política de división y de exclusión; (3) una sociedad reducida a un agregado de comunidades identitarias y de grupos de interés centrados en sí mismos; y (4) un medio cultural que se va convirtiendo en una especie de Torre de Babel, en la que cada cual trata de imponer su propia versión de lo que le parece políticamente o moralmente correcto.

En definitiva, Europa se encuentra hoy, como ya ha ocurrido otras muchas veces, en un cruce de caminos. Que elija uno u otro depende, en gran medida, de su capacidad para recordar y para cobrar conciencia de sus límites, pero también conciencia de su potencial para escuchar y fomentar así un espacio de amistad tanto dentro de Europa como con el resto del mundo. Evitando lo peor del actual binarismo de europeístas versus nacionalistas (y globalistas versus localistas). Aprendiendo de los errores del pasado a manejar mejor nuestras identidades complejas, narrativas contradictorias y cambiantes circunstancias socioeconómicas. Tratando no de ser el centro del mundo, sino de ayudar al mundo a seguir vivo, siendo uno de sus pastores y de sus testigos. Razonando con él y cuidando de él, el tiempo que haga falta; el que sea preciso y el que sea posible.

CAPÍTULO 1

EUROPA, UNA VORÁGINE Y UN SALTO: EN UNA CRISIS DE COMPLEJIDAD CRECIENTE, CÓMO DESCENDER Y ASCENDER DEL ABISMO

Este ensayo tiene como objeto explorar algunos aspectos del contraste entre la (gran) crisis actual en Europa, y en España, y la (limitada) capacidad estratégica de tales comunidades políticas para hacerla frente. Lo abordo desde una perspectiva sociocultural que enfatiza el carácter de drama abierto de la crisis y la sensación de desbordamiento de aquellas comunidades por la gravedad y la urgencia de sus problemas, así como algunos aspectos del sentido y la dimensión moral de su respuesta. Al mismo tiempo, destaco el papel que puede jugar la ciudadanía, la sociedad civil, las gentes corrientes en el manejo de la crisis. Utilizo una figura literaria, la del *Maelström* del relato de Poe, para ilustrar mi argumento – y hago uso de una variedad de materiales y referencias procedentes de las ciencias sociales, narrativas, arte, historia, filosofía moral, estadísticas, testimonios personales, crónicas periodísticas, cultura popular (películas incluidas), y me permito ocasionalmente algún breve *excursus* con el propósito de ampliar el marco espacial y temporal, e intelectual, de la discusión.

Continúo con este trabajo una serie de ensayos sobre Europa en los que mi atención se ha centrado en otros factores socioculturales tales como el sentido de los límites, el papel de la memoria en el reforzamiento de los sentimientos de identidad y la disposición a comprometerse en una variedad de juegos estratégicos (Pérez-Díaz, 2020), así como la prudencia a la hora de manejar los sentimientos de desconfianza mutua (capítulo 2 de este libro).

1. EUROPA, SU CAPACIDAD DE AGENCIA Y LA RESILIENCIA DE SUS ESTADOS NACIÓN

El relato sobre la construcción europea, y la experiencia vivida de los europeos

A la vista de los tres cuartos de siglo transcurridos desde el final de la Segunda Gran Guerra parece claro que llevar adelante la construcción europea reduciendo su ciudadanía a un papel secundario (poco más que al de ser movilizada para participar en un referéndum tras otro, aceptar regulaciones, recibir ayudas estatales) reduce la

capacidad de agencia de Europa como comunidad política; y amenaza con convertir la ironía de Eric Voegelin (en su autobiografía intelectual; 1989: 107) acerca de “la famosa Europa que nunca existió” en una suerte de profecía: “Europa como la promesa indefinida que nunca acaba de realizarse”. Realizarla requeriría reforzar el propósito y el concurso de todos; e incluso rectificar el rumbo.

Varios factores institucionales y culturales han influido e influyen negativamente en ese proceso de construcción europea con participación cívica reducida. Una larga historia de conflictos intraeuropeos, exacerbados en la primera mitad del siglo XX, de luchas partidistas, de competición económica y de expansión colonial ha propiciado el énfasis en la dimensión nomocrática del sistema político europeo, es decir, en el orden jurídico y las reglas de juego, y no tanto en la dimensión participativa del mismo.

El déficit de agencia ha estado presente desde el principio. Los estados nación europeos iniciaron su aventura de una Europa unida con una capacidad de agencia reducida, quebrantados como estaban por la última guerra, y necesitados de defensa y apoyo exterior. Prosiguieron su aventura con una actitud ambivalente. Querían una Europa (y unos Estados Unidos) que les protegiera y, al mismo tiempo, reservarse una parte sustancial de su soberanía. En consecuencia, después, sus clases políticas han ejercido su liderazgo poniendo de manifiesto un carácter bipolar, reflejado en una serie de contradicciones performativas por las cuales, por una parte, promovían el espacio público europeo con una retórica europeísta y, por otra, lo fragmentaban con una práctica atenta, sobre todo, al interés nacional (Pérez-Díaz, 1997).

Ahora bien, una retórica semejante tiene consecuencias; porque si el simbolismo se distancia de la realidad de referencia, esta se debilita. Y así sucede que apelar a la identidad colectiva europea basándose en narrativas de recuerdos y proyectos resulta superficial cuando estos se quedan en meros recitativos y doctrinas, y no logran incorporarse a la experiencia de la gente y convertirse en su cultura vivida. Esta conversión puede ser difícil y laboriosa, porque la evocación de recuerdos es a veces dolorosa y exige un esfuerzo moral y emocional considerable, y porque no es fácil articular un proyecto común para países económica, social y culturalmente tan diversos, sin atender al entrecruzamiento de sus muchos intereses y pasiones.

Puede parecer paradójico pero la retórica europeísta resulta aún menos persuasiva cuando en el espacio público predomina un marco interpretativo binario como el de europeístas versus nacionalistas. La razón es que ese contraste suele inducir a confusión, primero, porque los oponentes pueden tergiversar sus posiciones; de hecho, ni los europeístas suelen perder de vista por un momento su interés nacional, ni los nacionalistas, tener el menor interés en dejar Europa. Pero, segundo, sobre todo, porque ese marco binario constituye una fuente de mistificación, ya que disimula el acuerdo de fondo entre europeístas y nacionalistas sobre sus raíces comunes

y el significado mismo de su enfrentamiento. Ese significado subyacente común es el de afirmar versiones distintas de una misma visión de la política como el terreno donde se despliegan grandes estrategias de afirmación de la voluntad de poder y de dominación de unos sobre otros (territorios, partidos, clases, comunidades étnicas y culturales, etcétera): estrategias que, en último término, cuestionan radicalmente la existencia misma de una comunidad política que (les/nos) englobe a todos¹.

El propósito de construir Europa como una comunidad política, un *demos*, con una amplia capacidad estratégica, implica superar aquellos obstáculos desarrollando la capacidad cognitiva, emocional y moral de los políticos y los ciudadanos europeos; lo cual reforzaría en ellos el impulso para la acción colectiva, para el entendimiento realista de su situación, y para escoger su rumbo. Impulso y sentido de la realidad pueden traducirse, en lenguaje figurado, como impulso para volar y prudencia para orientar el vuelo (Pérez-Díaz, 2020).

Un drama abierto, y ¿una deriva en curso?

En esta última década, Europa en general y los diversos países europeos, como España, en particular están viviendo una crisis. Pero esta crisis no forma parte de una tendencia ineluctable: es un drama abierto a varios posibles desenlaces, según cómo lo perciban y lo valoren los agentes en cuestión, y lo que, en consecuencia, hagan u omitan hacer: según sus actuaciones y sus actitudes. Ahora bien, justamente ahora, la actitud de muchos europeos es la de sentirse desconcertados, desbordados por la deriva de los acontecimientos (crisis económica, pandemia), y se ha ido ensombreciendo. Es como si hubiera cambiado, casi de súbito, el espectáculo en la esfera pública. Lo que se anunciaba como una escena de “Final de la Historia”, el triunfo definitivo de la Ilustración y la Modernidad, y parecía evocar el *crescendo* del final de la Novena Sinfonía, con su “Himno a la Alegría” (himno de Europa), ha dado paso a una escena del último acto del “Canto del Cisne”. Con un *tempo* muy distinto. Pasando del ímpetu de Beethoven a la melancolía de Tchaikovski, la amada, metamorfoseada en cisne blanco, se desvanece. Y con ella, ¿cabe imaginar que el “mito de Europa” también se desvanece? ¿Como ya pensó un espectador comprometido y crítico como Tony Judt (1996: 140) que estaba a punto de ocurrir con el mito fundador (*founding myth*) de Europa, incluso un poco antes?

Lo cierto es que, hoy, se ha pasado de un clima de triunfo, o al menos de un buen pasar, a otro que, para muchos, nos situaría al borde de la supervivencia. Quizá nos habíamos acostumbrado a manejar el mundo de la política y la economía, la sociedad y la cultura europeas como si los sistemas institucionales y los relatos que

¹ Desarrollo este tema en mi ensayo “Europa y el triunfo de la paz sobre la guerra” (Pérez-Díaz, 2021 [en prensa]).

lo articulaban encajaran entre sí o, haciéndolo sólo a medias, no se rompieran y aguantaran lo suficiente para seguir avanzando.

Pero ahora ha tenido lugar un giro inquietante. Y se ha hecho más acuciante la duda sobre si este mundo moderno nuestro, Europa incluida, no estará incurso en una gran deriva: la propia de un capitalismo distorsionado, una democracia partitocrática y polarizada, una sociedad fragmentada y atomizada, y una cultura superficial y confusa. Y más apremiante la pregunta sobre si, de agravarse, esa deriva no conduciría al dominio de unas elites (y contra-elites) centradas en sí mismas y, al tiempo, jugando el doble juego de la hostilidad mutua y de la complicidad entre ellas. Probablemente extraviadas en un laberinto de contiendas y compromisos; y siempre con el objetivo de controlar un espacio público errático y repleto de tergiversaciones – lo cual, a su vez, haría imposible su control por parte de la ciudadanía facilitando así el desarrollo del carácter oligárquico y demagógico de la política.

A propósito del Brexit

Aunque tratemos de no sobredramatizar la situación, y nos coloquemos en una actitud de duda razonable (o de “optimismo pragmático”), no cabe negar que la crisis actual nos sorprende en un momento en el que Europa como agencia colectiva sigue todavía en el proceso de hacerse; o, al menos, de hacerse lo suficiente como para protagonizar la respuesta a la crisis. Porque Europa puede influir en el curso de las cosas, cierto; pero no tanto como para pensar que ello refleje una gran estrategia coordinada y persistente. Influye a medias, y como desde lejos; y lo principal que suele hacer es recordar a cada estado nación que debe poner su casa en orden. Y aunque, en las condiciones actuales, ese recordatorio importa, y mucho, no hace sino poner de manifiesto que el estado nación sigue siendo el principal responsable de la respuesta a los retos sanitario, económico, social, político y cultural de la crisis actual.

Para algunos observadores, el Brexit proporciona una gran oportunidad para avanzar hacia una Europa más integrada. Suponen que el Reino Unido perturbaba la realización del sueño de la unidad de Europa, y que ahora, desembarazada de él, Europa se integrará antes y mejor. Pero este supuesto parece un tanto ilusorio si consideramos los siglos de guerras de las que ha surgido, en buena medida a causa de ellas y configurada por ellas, la Europa de hoy; e incluso la experiencia de la Europa de las últimas décadas – por todo lo cual cabe que el ejemplo del Brexit refuerce la tendencia a la autonomía de los países miembros. Quizá porque, al menos hasta ahora, el sueño europeísta ha sido compartido por la mayor parte de los europeos no tanto como un sueño que se intenta realizar cuanto como uno que nos entretiene y nos ocupa poco más que en nuestras horas de ocio.

No sería un sueño a realizar, y realizar ya, por varias razones – y no todas igual de poderosas. Algunas se derivan de diferencias en ideologías políticas (relatos, gestos, discursos), entre sobre-todo-nacionalistas y sobre-todo-europeístas. Pero, por otro lado, tampoco conviene sobrevalorar esas diferencias. Porque la experiencia sugiere que los populismos y nacionalismos de izquierda o de derecha, socialdemócratas, conservadores o liberales suelen ser todos, a su modo, patriotas; y, además, están obsesionados con conseguir el poder y conservarlo, lo cual implica la persistencia de la patria a la que se pretende liderar. Ello se aplica a los partidos extremos: extremos sí, pero no tanto que no estén atentos a hacerse un hueco en el gobierno de coalición de turno. De hecho, casi todos se acomodan a “lo que hay”: una Europa en cuyo centro se sitúa una Unión Europea funcionando a medias, y esperando que todo siga yendo adelante sin forzar el ritmo.

En ese contexto, tampoco parece probable que el proyecto europeo se beneficie del discurso posnacionalista de los globalistas de izquierdas y derechas en sus diferentes encarnaciones. Ni el de los mundialistas ecológicos; ni el de los compañeros de viaje de chinos o rusos partidarios de economías “socialistas de mercado” y democracias autoritarias, iliberales, con sus respectivos *establishments* bien asentados en el control de la política, la economía y los medios de comunicación. Ni el de los futuristas atentos a la última tecnología y la última innovación, fascinados por la expectativa de una revolución permanente que se prolongue en una continua transformación humana y poshumana – y que están en una longitud de onda muy distinta.

En realidad, una razón de más peso a favor de la primacía (de hecho) del estado nación se deriva del dato primordial de que, durante algunos siglos (a veces quince, a veces cinco, a veces dos), y aun ahora, con la globalización y la integración europea en marcha, las diferencias entre los estados nación europeos siguen siendo *vividas* por la inmensa mayoría de los ciudadanos (incluidos los globalistas, al menos en su vida corriente) como determinantes. Y por ello, incluso los europeístas se sienten obligados a hablar en términos de una Europa de naciones hermanadas, que se tengan en cuenta y se ayuden mutuamente.

¿Ciudadanos “soberanos” de Europa?

Este lenguaje en clave nacional suena tanto más plausible cuanto que los ciudadanos se sienten ser eso, “ciudadanos”, pero no en tanto que “ciudadanos del mundo” y sujetos de “derechos humanos”, sino, sobre todo, como ciudadanos de “su” país. Es “su” país: “suyo” porque se sienten “soberanos de él”. Sujetos no simplemente de derechos, sino de derechos y deberes, y, en particular, con poderes. No ciudadanos por cuanto se les aplican las leyes, sino por cuanto ellos tienen (o creen tener), de alguna forma, el poder (y la responsabilidad) de hacer las leyes. Y cuyos

políticos son, o al menos parecen ser, abordables por, y responsables ante, el público (Olsen, 2017); políticos de quienes, por lo pronto, se sabe su nombre, y parecen relativamente cerca.

En cambio, en tanto que ciudadanos europeos, las gentes apenas entienden a los políticos y funcionarios con acceso al poder en la Unión Europea, ni se comunican con ellos; de hecho, ni siquiera suelen compartir la misma lengua. Les falta un espacio de conversación – por lo cual, si los ciudadanos entienden a medias los problemas de su propio país, tanto menos entienden los de Europa.

Y ello ocurre tanto más cuanto que, a las dificultades de comunicar con los políticos europeos, se suma la dificultad con la que los ciudadanos europeos se comunican entre sí, directamente. Como turistas, como visitantes por un motivo u otro, intercambian sonrisas o frases de acogida y despedida, con servicios ocasionales, pero hablan otro idioma y usan otros gestos. Confían en sus conciudadanos europeos algo, sí, pero depende sobre qué; y ante cualquier malentendido, fácilmente intuyen o sospechan juicios reticentes por parte de ellos. Todo su paisaje, con sus lugares de la memoria de famosas batallas (y su literatura, y sus frases hechas) está repleto de recuerdos que pueden, y suelen, reavivar sus reservas.

Además, los propios políticos se lo ponen difícil a sus conciudadanos, porque no les cuentan bien (y con frecuencia, ni bien ni mal) los temas europeos. Centran el debate público, obsesivamente, en los asuntos locales; y, a nada que ocurra, pueden abusar de los conflictos de interés, de opinión o de identidad entre unos y otros, para difundir entre las gentes una actitud desconfiada.

En todo caso, cuando se convierten en políticos europeos operando a escala continental, los políticos locales se transforman. Se les percibe lejos. Se van “a Flandes”, como decían los españoles en tiempos de los Austrias. No se sabe de ellos. Ganan más dinero y se revisten de una aureola de importancia. Y, en el imaginario popular, se convierten, al tiempo, en poco menos que irrelevantes; e incluso parece, a veces, que ellos mismos se aburren recitando una homilía europea. Sin quererlo, estimulan la indiferencia de los ciudadanos hacia Europa, salvo en lo que concierne a los intereses locales. Y así ha ocurrido desde el primer momento, que en España fue hace ya treinta y cinco años (su ingreso en las Comunidades Europeas fue en 1986). Todo esto sugiere un clima de consenso europeísta fluido pero superficial, en torno al simbolismo y la realidad de la *polis* europea, que los rituales políticos europeos parecen convertir en un objeto de culto para iniciados.

Contra el telón de fondo de estas experiencias, ha tenido lugar una deriva por la cual la ciudadanía de cada país se ha instalado en una actitud mezclada de ignorancia e indiferencia respecto a los problemas políticos de los otros países europeos. Por lo demás, esta indiferencia mutua entre países es congruente con una orientación

general de la cultura ambiente, más bien acorde con el principio de “cada uno a lo suyo” y en cuanto a lo común, “ya se irá viendo”. Lo común sería “demasiado complicado”. Tal vez “demasiado lejano”. Y se acaba actuando como si hubiera unos dioses remotos que deben saber de qué se trata al respecto, pero no lo dicen muy claro, y, cuando por fin lo dicen, y se sabe, es para constatar que cada país tiene “su” bien común, y los otros, van por libre.

Y ahora... ¿reconstruyendo la constelación de estados nación?

Así pues, el Reino Unido se va; pero, aparentemente, no es para que “todos juntos” canten el “Himno a la Alegría” de Schiller y Beethoven, sino ¿para que cada cual vaya a lo suyo, aunque todos compartan la retórica del “hay que coordinarse”? Puestos a intentar esta coordinación podríamos partir, más que de los veintitantos estados nación, de un esquema simplificado de cinco vectores: tres subconjuntos de países relativamente parecidos, y dos cuasi protagonistas.

La llamada nueva Liga Hanseática, de Holanda y Escandinavia y los países bálticos, está ahí, con un mensaje de gobernanza prudente y de política económica y social que parece afín al de Alemania, pero no encaja con lo que hacen, o parece que hacen, o parece que quieren hacer los países latinos y mediterráneos. A quienes aquellos suelen referirse con una mezcla de simpatía e indiferencia, tacto y desdén, compasión y ánimo pedagógico. Países latinos y mediterráneos obviamente muy distintos entre sí y que, aparte de contagiarse las quejas unos a otros, suelen hacer poco juntos, cada uno (Italia, España, Portugal, Grecia) con una historia asombrosa pero al parecer lejana. Por su parte, los países de Visegrado (Polonia, Hungría, Chequia y Eslovaquia) parecen participar de algunas obsesiones comunes y una cierta distancia respecto al resto, resultado de una historia, y una posición geopolítica, singulares, habiendo soportado una doble experiencia totalitaria y sobrevivido a ella intentando ser fieles a sí mismos (Laignel-Lavastine, 2005).

Y con los presuntos líderes del conjunto, Francia y Alemania, sin ejercer tal papel protagonista. Casi siempre no muy confiados, en realidad, el uno en el otro. Queriendo, pero no sabiendo si quieren de verdad, o a medias, liderar al resto de los países, o acompañarlos, y guiarlos desde atrás como los buenos pastores ¿hacia...? Todavía no lo saben ellos mismos (al cabo de unos setenta años). Bastante tienen con irse manejando con la ronda inacabable de sus conferencias y declaraciones y admoniciones, y el ronroneo (en su caso) de sus “chalecos amarillos”, y poniendo y quitando cordones sanitarios, y cara de compunción ante los inmigrantes para luego relegarlos a los suburbios de rigor. Quizá con su “quiero, pero no puedo” francés y su “puedo, pero no quiero” alemán.

Mirando al resto del mundo, las elites y los ciudadanos de a pie tienen poco más que una idea rudimentaria de cómo Europa puede afirmar su autonomía respecto a, o su coliderazgo con, Estados Unidos – o su capacidad para modular la estrategia de este (*stand up to the United States*). Tanto más difícil de conseguir cuanto que parece que los Estados Unidos no saben lo que quieren. Lo cual se ha puesto de manifiesto, no una o dos veces sino *ad nauseam*, en la sucesión de crisis y batallas de la gran región de la confluencia entre Europa, Asia y África (por no hablar de otras regiones del mundo) entre el Mediterráneo oriental y Asia Central desde hace tres o cuatro décadas: los Balcanes, Afganistán, Irán, Irak, Libia, Siria, Palestina, Israel, etcétera; y con presidentes americanos muy diversos (Clinton, los dos Bush, Obama, Trump...). Y en el caso de Irán, no hace sino repetir una y otra vez una partida de ajedrez de más de medio siglo, alternando amenazas e incentivos (*sticks and carrots*), con una política de formas sin contenido, y resultados pobres.

Y ahora, cuando Europa se da cuenta, en parte, de la oportunidad de coprotagonizar una tarea de coordinación sanitaria y apoyo económico ingente, todavía está pendiente de superar una inhibición profunda y una timidez arraigada – para que los europeos nos sintamos unidos y actuemos unidos ante un test crucial, y en una situación límite, que habrá que ir viendo cómo evoluciona.

2. ESPAÑA, UNA TRAYECTORIA DRAMÁTICA Y UN BREVE EXCURSUS

Pero si los estados nación son resilientes, también son frágiles. Si nos centramos en uno de estos estados nación, en el caso español, lo primero es reconocer que, si bien la pandemia le coge por sorpresa, por otra parte, lo que no es nuevo es la sensación de fragilidad – porque las actuales circunstancias se sitúan en el contexto de una trayectoria bastante problemática. Se vive ya en medio de una mezcla de orden y desorden; ahora ese desorden (que venía de lejos) se crece, y se hace más peligroso y evidente. Quizá en parte por ello la primera reacción de los círculos más influyentes y buena parte de la sociedad es el reflejo defensivo de negar la realidad y aferrarse a la rutina; al “ya pasará” y “no es para tanto”, dejando el futuro al albur del “quizá será así” o “quizá no”. El recurso a la rutina apenas se oculta detrás de una mezcla de improvisación en la gestión y de lenguaje voluntarioso de grandes estrategias: de “controlaremos la enfermedad”, “la venceremos”, y demás. Se pasa de la conducta mágica del “la pandemia se irá” sola (y de la manera incomprensible como ha llegado) al “se irá” al conjuro de unas palabras.

Esta retórica intenta disimular la “anormalidad” de la etapa histórica en la que entramos: anormal a la vista de la fragilidad del pasado, y el pasado reciente; y de la expectativa de un futuro próximo. Por ejemplo, omite que la experiencia deja el residuo de “un pequeño detalle”: la sensación de que, a partir de ahora, la humanidad (es decir, nosotros) tendrá (tendremos) que vivir con la posibilidad permanente de otra pandemia que ocurra como esta, de repente, sin saber cómo ni por qué. Las

clases dirigentes apenas mencionan esta posibilidad; pero la gente del común lo sospecha, y lo dice en voz baja. Y así, en una encuesta reciente, dos tercios (un 64,5 %) de los entrevistados consideran muy o bastante probable una nueva pandemia dentro del plazo de los próximos diez años². No un asunto menor, si se piensa que en poco más de un año la pandemia ha traído consigo cerca de 85.000 muertos; y que sus efectos se combinan con los de una crisis económica de gran alcance y ramificaciones múltiples – y con un trasfondo cultural convulso, con un relato histórico dramático, espejo de algunas grandes ambiciones y varias grandes fragilidades.

El momento de desorden se sitúa en un contexto histórico de cierta duración: ciertamente, uno que no se reduce a lo ocurrido desde la transición democrática. Aunque no se trata de intentar aquí un balance de la experiencia española de este último siglo o siglo y medio, con su historia política ostensible, y su intrahistoria económica y sociocultural, baste recordar que, tras unos años bastante dramáticos (guerras civiles, crisis del 98, Semana Trágica, asesinatos de Cánovas y Canalejas... y Dato poco después), España evita la Primera Guerra Mundial, y luego va hilvanando la huelga general de 1917, el desastre de Annual de 1921, el golpe de estado de Miguel Primo de Rivera de 1923; y los varios sobresaltos de la II República, para atravesar la guerra civil y el régimen burocrático autoritario del franquismo subsiguiente; y abocar a la transición democrática. Transición posible gracias a que, por debajo de toda aquella agitación, había ido teniendo lugar el lento, complejo y contradictorio desarrollo de una sociedad civil, al menos en su doble dimensión de mercados y tejido asociativo plural *cum* dosis sustanciales de estado de derecho – que a su vez permitió la mutación política hacia una democracia liberal. En definitiva, una “sociedad civil” como alternativa a una recurrente “contienda incivil”³.

Esta transición ha dado lugar, pues, a una experiencia en definitiva positiva, pero también con sus luces y sombras, su alternancia de fases mejores y peores, su mezcla de orden y desorden. Esta mezcla ha permitido vivir con divisiones políticas y sociales bastante profundas; una economía en crecimiento casi continuo pero claramente por debajo de su potencial (con una tasa de paro recurrente de dos dígitos cada cierto tiempo); un espacio público un tanto repetitivo y ruidoso; y una sociedad más bien de conllevancias mutuas, que se ha ido instalando en un estado de medianía y desconcierto, resultado de haberse sometido, en momentos críticos, a pruebas de las que no ha acabado de salir airosa (Pérez-Díaz, 1996) – y saberlo.

El recuerdo de este pasado gravita sobre el presente, y ha sido y es un factor cultural decisivo que hace a la sociedad muy sensible a las bondades relativas de su predicamento actual, el de la España de la transición: nada desdeñable si se compara

² *Encuesta ASP 20.066*. Encuesta *online* a una muestra de 1.254 individuos, representativa de la población de 18 a 75 años residente en España, con trabajo de campo entre el 10 y el 22 de noviembre de 2020.

³ Una discusión *in extenso* de esta mutación puede verse en Pérez-Díaz (1993).

con la guerra civil y la posguerra. Recuerdo que perdura, no tanto en los libros y las proclamas políticas cuanto como memoria soterrada pero todavía muy viva. Una memoria por la cual se compara el estado actual con sus alternativas: las de un país roto; un país autoritario o totalitario o en trance de devenir tal, de un signo u otro; un país empobrecido y atrasado.

Sin embargo, con todos sus logros, las fragilidades de la experiencia de este medio siglo están ahí. En las últimas dos décadas, España ha estado gradualmente cada vez más ocupada tratando de no romperse, con la posibilidad de que Cataluña se separe – y es fácil imaginar lo que, de ocurrir esa separación, vendría inmediatamente después, afectando a otras partes de España. También, lo ha estado en sortear o minimizar los riesgos del tobogán de las subidas y bajadas de la economía mundial. Y su clase política ha vivido pendiente de cómo ajustarse a lo que, sobre los temas económicos fundamentales, le iban diciendo los que podemos llamar coloquialmente “sus mayores”: es decir, los líderes de los países protagonistas en Europa y de los organismos internacionales. Dejándose llevar. Y haciendo “como si”: como que dirigía, conducía al país ¿Hacia...? Hacia una sociedad relativamente satisfecha y semitolerante y con posibles – y, según los optimistas, dispuesta a ocupar los más altos lugares en los *rankings* internacionales de los sistemas sanitario y educativo (al menos hasta lograr tener “la generación mejor educada de su historia”), por no hablar del turismo de sol y playa, y servicios diversos. Todo ello, mientras se descalificaba la visión opuesta como impregnada de pesimismo.

Con todo, no cabe negar que el argumento de estos optimistas tiene un núcleo muy razonable, y que en estas últimas décadas ha habido muchas buenas noticias. Por lo pronto, menos violencia física y delitos varios, más alimentación y prolongación de la vida – hoy con una esperanza de vida considerablemente mayor a la de hace medio siglo (habiendo pasado la media de España, desde 1965-1970 hasta hoy, de los 71,4 a los 83 años). Noticias de conservación de la especie – aunque no tanto de su propagación, puesto que ha ido descendiendo, y mucho, la tasa de natalidad. Incontables muestras ha habido, asimismo, del aguante y la flexibilidad y la ingeniosidad de familias y pueblos y asociaciones para estar juntos y salir adelante; sensaciones de libertad; ejemplos de la vivacidad de los sentimientos básicos. Probablemente, mayor capacidad intelectual en cuestiones como procesar información relevante para producir objetos, hacer transacciones varias, tener acceso a servicios sociales y económicos, usar los medios de transporte – muchas y variadas experiencias cotidianas básicas.

Un breve excursus sobre el trasfondo cultural de la crisis, y la cultura de la magnanimidad

La fragilidad de la sociedad puede reflejar la complejidad de su trayectoria, pero también refleja su indecisión cultural. Conviene recordar que la valoración

última sobre el sentido del proceso en curso depende del criterio que apliquemos. Nuestro juicio sobre la deriva (relativa) de España puede ser más o menos crítico según cuál sea nuestro criterio valorativo sobre lo que se pueda considerar el bien común, y también nuestro nivel de exigencia moral. A este respecto, el problema no es tanto la diversidad de las opiniones cuanto la confusión de la conversación sobre la cuestión. Los puntos de vista son muy diversos, pero esta diversidad puede ser tanto un obstáculo porque propicie un duelo que nos ofusque, como ocasión para una conversación que nos ilumine y nos reúna. Porque aunque los puntos de vista sean muy distintos y aun notoriamente opuestos, la experiencia combinada con la conversación puede acercarlos, a veces de manera sorprendente.

Sin entrar en el fondo del tema, espero que el lector me permita una breve anotación, en una clave más bien optimista. En los últimos veinticinco a treinta siglos, encontramos en nuestra cultura occidental una infinidad de debates, pero también de acercamientos extraños y profundos; que nos sugieren varios modos de entablar esa conversación – y que desbordan el esquema convencional, hoy habitual, de “a favor o en contra de la Ilustración”. En realidad nos conviene ampliar la perspectiva temporal y espacial. Remontarnos a otros tiempos, y otros paisajes, no tan lejanos.

Puestos a imaginar perspectivas opuestas extremas, pensemos, por ejemplo, en las visiones de la sociedad europea que se pueden inspirar en un Nietzsche y un Francisco de Asís. En cierto modo, ambos comparten una cultura de las grandes hazañas. Voluntad de poder (a ejercer sobre el prójimo) versus humilde amor (y cuidado o servicio) al prójimo. Aparentemente nada más contradictorio, especialmente si nos atenemos a la versión del propio Nietzsche en su *Ecce Homo* (Nietzsche, 1979 [1888]) o en su *Anticristo* (Nietzsche, 1968 [1888]). Y sin embargo, la contraposición tiene su contrapunto. Desde una perspectiva dinámica, histórica, el contraste se puede subsumir en un debate en el que afloren afinidades entre los opuestos – afinidades, en este caso, en torno a un cierto nivel de exigencia.

Nietzsche, el ateo militante de fines del XIX y comienzos del XX, y Francisco, el santo del siglo XIII, tienen perfiles muy opuestos pero también algunos rasgos comunes. Por ejemplo, el de un elogio explícito, o implícito, de la virtud de la magnanimidad: en un caso, ligada a un sentimiento prometeico, de voluntad de poder ligado a un objetivo ostensible “más que humano” (que podría ser, en realidad, “simplemente humano”) – y en el otro, a un sentimiento profundo, humilde y amoroso, de voluntad de santidad, *i.e.* una forma distinta de valorar la experiencia vital, el éxito, la excelencia. Y recordemos algunos de los pequeños detalles simbólicos que les acercan. El del impulso vital de los creadores: el de Nietzsche como “poeta ascensional”, en los términos de Bachelard (1943), y el de Francisco, conversando con su hermano Sol – ambos viviendo a la contra de una cultura del resentimiento. Y el simbolismo del cuidado de las criaturas –con el recuerdo de cómo el uno se apasiona hasta volverse loco en Turín abrazándose a un caballo apaleado, y el otro se pasea por Gubbio en la compañía de un lobo apacible.

Cierto que, tal como se les suele dibujar en sus leyendas respectivas, sus actitudes básicas son radicalmente opuestas. Pero cabe imaginar varias posibilidades. La del enfrentamiento, por supuesto, pero también la de la afinidad que acabo de mencionar (los “pequeños detalles” del caballo y el lobo...), y la de una suerte de transición entre un referente y otro. Al fin y al cabo, fue precisamente un sentimiento moral de magnanimidad el que permitió a Ignacio de Loyola pasar, de requerir la lectura de libros de caballerías, a disponerse a leer las vidas de santos. La cual le encaminó en una dirección distinta, pero no radicalmente ajena, a la del heroísmo caballeresco. Que venía a ser la dirección que eligió Don Quijote, nuestro “héroe nacional” – dirección elegida por él, pero no “por loco” sino “por héroe”, dispuesto a proteger a los débiles, liberar forzados y adolescentes atados a los árboles, viudas y huérfanos.

Para discutir los niveles (y criterios) de exigencia aplicados a la escena pública, podemos jugar con varios escenarios, más o menos plausibles habida cuenta las condiciones históricas. El criterio que propongo aquí (e invito al lector que haga su propuesta y su apuesta) es el (digamos que más bien franciscano, en lo posible) de una sociedad anclada en los principios de la libertad personal y del cuidado por la comunidad humana. Es asimismo un criterio por el que no se desdeña el saber en forma de *techné*, pero interesa más en forma de sabiduría moral, que aspira a la identificación y la realización de aquellos antiguos (antiguísimos) “trascendentales” de la verdad, la belleza y el bien, incluido el bien común correspondiente – es decir, el bien de una sociedad que promueve un debate entre gentes que, siendo diferentes e incluso cultivando sus diferencias, están atentas a ese bien común.

En nuestro contexto histórico cultural la discusión en torno al bien común puede plantearse de varias formas, incluida la de la tensión entre el *Ecce Homo* cristiano y el *ecce homo* nietzscheano, y la exploración de formas intermedias como hicieron los moralistas del Barroco y de la Ilustración. Por otra parte, en marcos histórico-culturales muy distintos, podemos encontrar tensiones análogas (aunque por supuesto no idénticas). Por ejemplo, en una sociedad que incorpora una perspectiva confuciana, la tensión puede adoptar la forma de una distinción entre dos modalidades de la “opinión pública”: una opinión *minyí* atenta, sobre todo, a reflejar y defender el interés (y la identidad) de determinados grupos, prevaleciendo los unos sobre los otros versus una opinión *minxin* entendida como una opinión pública “ilustrada” orientada a reflejar los intereses del conjunto en tanto que “todos bajo el cielo” (Zhang, 2017).

3. LA PANDEMIA, CLAVE DE LA CRISIS Y SIGNO DE LOS TIEMPOS

Si adoptamos un punto de vista geopolítico, estamos ante un desorden generalizado, o, si se prefiere, en medio del tránsito hacia un nuevo *modus vivendi* entre un orden y un desorden mundial (Kissinger, 2014; Nye, 2015). Con un complejo declive de los Estados Unidos, la gran potencia por antonomasia; declive que viene de lejos

si tenemos en cuenta el fiasco de Vietnam (en los sesenta y setenta del siglo pasado; por no hablar de Corea, en los cincuenta), y continúa en las últimas décadas con una variedad de líderes, Trump siendo el más reciente, ¿y tal vez no cambie tanto con Biden? Todo ello contra el telón de fondo de una larga etapa de país desnortado, y habiendo cedido el *establishment* americano buena parte del centro del escenario a un “resto del mundo” formado por unos pocos actores ansiosos por representar un papel principal; y otros muchos alrededor y atentos a sus “quince minutos de gloria” en las fotos ampliadas de las cumbres con los líderes mundiales, humildemente repartidos estos y rodeados de sus casi-iguales, los veinte o treinta líderes regionales de turno.

Una Europa indecisa, una España incierta, un mundo en transición no sabe adónde... y ahora una plaga, la del coronavirus, masiva y repentina: una suerte de reto existencial que afecta a la cultura, y a la salud, la economía, la política, la sociedad.

Un reto sanitario

Se dice que los organismos internacionales suelen estar muy pendientes de temas como el tabaquismo, la obesidad y el calentamiento global: temas tratados con la debida consideración a los grupos más influyentes en la opinión pública, y a los agentes económicos implicados en la materia – pero que, en el caso de la pandemia, se lo han tomado con calma. Ya desde 2015 podían haber escuchado voces de alerta, pero sólo a fines del 2019, y en enero de 2020, avisaron, aún con mesura (tono que sólo se alteró a comienzos de marzo), a los gobiernos. Se supone que, a pesar de ello, todo quedó en que los expertos discutían entre sí en voz baja mientras los sistemas sanitarios iban en piloto automático, con los dirigentes políticos detrás de los acontecimientos, atentos a otra cosa (ganar elecciones, perder elecciones, culpar a los adversarios). Y con creciente inquietud pero escasa atención inteligente al tema por parte de la sociedad.

Centrándonos en el caso de España, esta se encuentra, a escala mundial, entre los países con más muertes en relación con su población⁴. La pandemia ha puesto a prueba un sistema sanitario que, visto desde la perspectiva de cómo ha funcionado a lo largo de 2020, intenta responder a ella sin que sanitarios, ciudadanos y políticos sepan muy bien cómo. Porque, por lo pronto, no entienden cuál es la enfermedad (misterio), ni saben cómo ha comenzado (rumores), ni si culpar por ello a una naturaleza ciega o, más perturbador, a una malicia o un error humanos (inquietudes) – y

⁴ Los datos (muertes, contagios) de los países no son homogéneos, y cambian de continuo; pero una referencia útil para su seguimiento es *Our World in Data. Coronavirus Pandemic (COVID-19)* (<https://ourworldindata.org/coronavirus>).

es tal su desconfianza de la información habitual, que medio se resignan a que quizá no lo sabrán nunca. Y sobre todo sospechan de su posible repetición en cualquier momento.

Viniendo a las cuestiones básicas: durante todo este tiempo el sistema sanitario ha estado, y sigue estando, sólo a medias coordinado. De entrada, faltaron mascarillas, medios de protección para los sanitarios, camas de hospital, estadísticas fiables, manejo de los confinamientos, rastreos de los contagios. Y ha ido quedando claro un no saber cómo coordinar el sistema público (incluyendo gobiernos nacionales, regionales y locales), menos aún el sistema público con el privado – cómo manejar la relación con los hospitales privados, las residencias de mayores, las farmacias, los centros de salud, los hoteles (que quizá hubieran podido funcionar como las llamadas “arcas de Noé”, albergando contagiados en cuarentena).

En España, la pandemia ha puesto y pone en cuestión a los políticos y los funcionarios, que no han sabido prever ni gestionar. Pero tampoco ni ellos ni los medios de comunicación han sabido informar, y se han solido limitar a proclamar tendencias medio ininteligibles, y golpear con datos aislados e “impactantes” la imaginación del público. Aparte de sumirse al coro lamentando que nadie previera que algo como esta pandemia pudiera pasar: ni el qué, ni el por qué, ni el cómo.

Da la impresión de que los líderes políticos (y socioculturales) han pretendido, y pretenden, prever el futuro sin conocer el presente ni cómo hemos llegado a él. Lo cierto es que las cifras de casos-contagiados-positivos se refieren a veces al día anterior, a veces a la semana anterior o al mes anterior, mezclándose datos de municipios pequeños o grandes, regiones, sin orden ni concierto (Ioannidis, 2020). Al tiempo, se tergiversan las noticias. Las malas noticias serán buenas, según como se miren: tantos más infectados, “qué desastre”... pero si el denominador (el número de casos) es mayor la letalidad puede ser comparativamente menor; con lo que la percepción y la valoración del dato se vuelven confusas. En cuanto al futuro, todo depende de la evolución de una curva que, tal como se la describe, resulta bastante enigmática, mezclando datos, a la expectativa de “alcanzar el pico” y el “cambio de tendencia”.

Al tiempo, se ensayan distintas retóricas para manejar al público, pero casi siempre a costa de dividirlo. Muchos políticos llaman a la unidad, pero lo hacen con palabras que procuran descalificar, y ofender, a aquellos a quienes (se supone que) se les tiende la mano. No pierden la ocasión de atacar al contrario: cosa comprensible dado que el hábito de su tardanza suele venir acompañado de la ceguera respecto a los errores y los descuidos propios, y la aplicación de una lente de aumento a los ajenos.

Retos económicos y sociales

El reto sanitario se da en el contexto de una crisis política, pero también económica y social de dimensiones cada vez más preocupantes. La pandemia ha traído consigo dificultades extraordinarias para la economía de países como España, con una notable reducción de su ritmo de crecimiento y una disminución drástica de su actividad. Baste recordar, a título de ejemplo, que se prevé una reducción del PIB español de un 6,5 % entre 2019 y 2021 (un 6 % el de Italia; un 4,4 % el de Francia; un 4,2 % el de Portugal⁵; y que para enero de 2021 se estima un paro juvenil (población de 15 a 24 años) del 39,9 % en España, en contraste con un 14,0 % como media en el conjunto de la OCDE (y un 29,7 % en Italia)⁶.

La sociedad tomada en su conjunto se ve conminada a confinarse y reducir sus actividades de todo orden. Esto supone una alteración sustancial de las expectativas, no sólo respecto a los niveles de vida, sino también a las formas de vida. En su límite, ello podría conducir a reducir encuentros e intercambios, y al desarrollo de una sociedad atomizada, dispersa. Materia de sumisión y manipulación por unos y por otros. Sus movimientos y sus contactos, controlados. Subordinada, pasiva, impotente. Propicia a desconfiar de todos, y de sí misma.

Las tensiones pueden tender a crecer entre segmentos sociales diversos. Respecto a las clases sociales, la contracción y la disrupción de la economía provocadas por el coronavirus pueden afectar a todos pero en especial a los más vulnerables; los cuales ya han visto sus proyectos de movilidad social ascendente gravemente en cuestión durante la última década y media. Con el consiguiente riesgo de incremento de la desigualdad y la precariedad.

El cuidado y el descuido de los mayores

En relación con las generaciones, si el riesgo para los jóvenes es muy grande, para los mayores es aún más importante. Y de nuevo, nos encontramos aquí con una muestra de la (contra) cultura de la tergiversación. En general, las exhortaciones al cuidado de todos junto con las apelaciones a la perseverancia y a la confianza en el futuro son, sin duda, muy encomiables. Pero mientras tanto, como por debajo de la mesa, se puede ir acostumbrando al público al ronroneo de que quizá haya que tomar decisiones “muy duras”, y dejar morir a “algunos-muchos” para salvar la economía. Lo cual por una parte tiene “su punto”: a la larga no puede haber siquiera un sistema sanitario sin recursos económicos. Pero se corre el riesgo de poner en el ojo

⁵ Fondo Monetario Internacional, *World Economic Outlook*, octubre de 2020.

⁶ OECD, “Unemployment rate by age group”. <https://doi.org/10.1787/997c8750-en>. Consultado el 30 de marzo de 2021.

del huracán a los muy mayores. Que en el caso de España son, justamente, los supervivientes de la guerra civil que luego construyeron la España democrática. Mayores frágiles; incluso, ahora se constata, más que cuidados, descuidados

Por lo pronto, con un segmento sustancial de los mismos en residencias. (En 2019, había unas 373.000 plazas en residencias, cifra que hay que poner en el contexto de una población de 2.880.000 con 80 años o más; Abellán García, Aceituno y Fariñas, 2019.) Pero en circunstancias tales, que parecería como si, sin querer, se hubieran ido avanzando las piezas en un juego enrevesado de “cuidado y descuido” por parte de las generaciones anteriores. De haberles dado pensiones, que cuesta cada vez más pagar, pero al tiempo de haberles entre recogido y confinado en residencias sin apenas servicios médicos. Ahora, y una vez en sus residencias (o un día quizá en sus hospitales o sus hoteles hospitalizados) se comprueba cómo estos mayores van decayendo. Aparentemente inútiles. Inútiles, pues, al parecer, su experiencia “ya no sirve de nada”, habida cuenta una economía que requiere aprender todo de nuevo cada día, y parece prescindir de la experiencia. Inútiles, porque seguirían ocupando puestos que otros, menos mayores, “deberían” ocupar.

En cierto modo, hablando en general, la política contemporánea parece que no está hecha para los mayores, sino “para el futuro”: para gentes supuestamente ambiciosas, con proyectos, dispuestos a reinventarse, a triunfar. O a vivir en un eterno “en precario”, entretenidos con la publicidad económica y política y cultural de turno. Y ya vendrá, luego, la letra pequeña de la eutanasia, la incineración, el cementerio sin tumbas, la iglesia sin oficios, las despedidas abreviadas, las urnas en los armarios, y las cenizas esparcidas por mares y montañas. Y unas palabras – si quienes las pronuncian han aprendido a hablar en público (lo que por el momento no parece que se suela aprender en muchas escuelas).

De hecho, la retórica que se va introduciendo, y explorando, es la de salvar la economía aceptando el deslizamiento de los mayores hacia... la nada. Lo cual puede implicar un silencio elocuente, con el que se va propiciando la muerte de unas decenas de miles (a nivel mundial, tal vez millones) de ellos.

Al tiempo, es posible que el mismo carácter límite de la situación provoque cierto aprendizaje moral por el que los adultos redescubran a sus padres – e incluso lo hagan los jóvenes, evitando el culto de la fiesta y el ritual del botellón de turno planteados como un himno a la vida y una afirmación de sí mismos. La Bastilla desapareció hace más de dos siglos, y las calles de París han perdido aquellos adoquines con los que se realizaron tantas hazañas hace medio siglo. Pero siempre quedará la indignación y la protesta y los telediarios. Y tampoco es preciso empeñarse en el eterno retorno de un simulacro de las pequeñas hazañas – de modo que siempre cabe esperar que quizá un día los jóvenes descubran un porvenir de cuidado de sus mayores como una hazaña mayor. (Tal vez, un rasgo propio de una cultura de la magnanimidad...).

Puestos a justificar el descuido de los mayores, se ha acudido a un rebuscamiento en el razonamiento acudiendo a la distinción entre pensar en términos de “vidas humanas” y de “años de vida”. Como es lógico desde el punto de vista de quienes consideran los seres humanos como fragmentados entre diferentes experiencias, dimensiones y franjas de vida, se supone que convendría hacerlo en términos de años de vida. Los más jóvenes tendrían lógicamente más años de vida por delante – y los mayores, menos, por lo que debería pensarse dos veces antes de invertir en ellos los recursos públicos. Se podría calcular (estaríamos hablando de un “cálculo objetivo”) que el valor de un ser humano de edad propecta vendría a ser (digamos, para parecer exactos) un 67 % (un punto arriba o abajo) del de una persona más joven (Porter y Tankersley, 2020). De modo que, si los medios de los que se dispone no dan de sí para cuidarles a todos, se supone que quizá convenga cuidar de preferencia a los que valen más (generarán más recursos al sistema) porque tienen más años de vida por delante; y cuidar menos a quienes con menos años por delante valen “objetivamente” menos. Parecería casi “de justicia”. Al final, habría menos pensionistas, lo que ahorraría gasto público.

Sobre el espacio público: riesgos y oportunidades

La pandemia afecta muy negativamente a la vida económica, y los efectos del confinamiento, por ejemplo, son visibles en una reducción sustancial de la actividad económica, y en que dejan a las personas corrientes, productores o consumidores, empresas y gobiernos, con muchos menos recursos. Quedando todos a la búsqueda de soluciones provistas por una especie de política económica experimental, y recordando lo que se haya podido aprender de la crisis de 2008-2012, de la crisis de la década de 1970, de la de 1929 – crisis de las que nunca se acabó de aprender tanto como para evitar la crisis siguiente.

El debate seguirá abierto, proclive a los grandes duelos entre “más mercado” y “más estado”. Estos duelos suelen ser vistos favorablemente por los políticos, quienes tienden a insistir en la necesidad de “estar unidos” y “confiar en el liderazgo” – extrañas exhortaciones por parte de quienes predicán, incansables, la división y la desconfianza respecto a “la otra mitad” del país.

Pero no es fácil confiar en un liderazgo que, además de divisivo, no parece demasiado competente. Que promete, quizá, traer recursos (vacunas, por ejemplo), que se suelen retrasar. Pretende marcar un rumbo, que, en realidad, viene a ser un experimentar bastante confuso. Un gobernar zigzagueante, reducido a oscilar entre medidas llamadas duras y otras llamadas realistas, usando de un lenguaje brumoso, y a la expectativa de ver si lo que al final ocurre permite autoalabarse o echarle la culpa a otros. Lo cual refleja más una actitud oportunista que la propia del *character of a trimmer*, de quien maneja el timón del barco, flexible pero con un rumbo y un destino en mente (la propuesta de Halifax recogida por Oakeshott, 1996: 122 y ss.).

Con todo, es evidente que la discusión en el espacio público puede tener un efecto crucial en el manejo de la pandemia. Los términos y los argumentos usados en discursos y consignas requieren traducción y concreción, y ayudan a situar los problemas en alguna forma de contexto – por ejemplo, confinamiento o no, y en qué grado, para que casi todo el mundo vuelva al trabajo, para destinar más o menos dinero a unos sectores u otros, etcétera.

El debate, por lo pronto, puede poner de manifiesto que se plantea en el espacio público ante un público acostumbrado a una articulación sólo a medias de su propio pensamiento, poco dado a escuchar, a veces semiconsciente, ahora asustado, hasta ahora desatento. Una ciudadanía, una sociedad civil que, al parecer, confía sólo a medias en su liderazgo político (o deberíamos decir, más bien, su liderazgo público-privado). A medias, o aún menos – en cuyo caso es como si votara, en cierta medida, participando en un proceso mágico. Como si los votantes votaran poco más que observando el vuelo de los pájaros, escrutando las entrañas de los animales, interpretando la marcha de los astros, sin saber muy bien el por qué y el para qué.

Sólo queda un detalle: que al final las gentes no confían en esos liderazgos, porque saben que no saben gran cosa. Aunque, por otro lado, conviene recordar que las gentes saben también otras cosas: que sí, que pueden ignorar, llorar e indignarse, pero también pueden reunir el coraje cívico preciso para dar unos primeros pasos por la senda del debate, la decisión y la actuación cívica.

De modo que, al final, parece que se impone dar un paso para aprender algo. Por lo pronto, redescubrir la relevancia del consejo de Confucio sobre la “rectificación de los nombres”, el llamar a las cosas por su nombre – para reflejar mejor la realidad de las cosas, de las experiencias. Si el lenguaje no nos sirve porque damos a las palabras significados múltiples, cambiantes y confusos, nos quedamos sin comunicación entre nosotros, y sin comunicación, tampoco puede haber comunidad. Ni orden social alguno. Aludimos meramente a valores, que no sabemos si compartimos. Nos encontramos con una cultura vacía, cuyo contenido cada uno pretende definir a instancias de su voluntad del momento. Creíamos tener un cierto orden, y nos despertamos con una sociedad contradictoria; tener una moral compartida, y nos encontramos con una moral desarticulada.

Es lógico que, en esta situación, la vida política se quede en glosar una narrativa de personajes en busca de un autor, que escriba la obra que ellos puedan representar – y, a falta de ello, la gente se haga a una vida en estado de perplejidad. A la espera de noticias. Todos confinados en sus casas, esperando... La casa-jaula de las cuatro paredes, y la pantalla de televisión. Justo en un momento en que se precisa el cuidado de otros... sin otros. Justo cuando hace falta *keep calm and carry on*, pero sabiendo de qué se trata – no se sabe de qué se trata. Se sale a la ventana, y se hace un gesto. (O se lanza un grito como el de “¡Estoy más que hartos y no puedo seguir

soportándolo!” de Peter Finch en la película *Network* de Sidney Lumet de 1976.) O se cierra la ventana y se espera. Y quedan alternativas interesantes, encuentros a través de los móviles, tiempos de silencio, haceres de la casa, nuevos *hobbies*, convivencia – que podrían llegar a ser incluso “palabras mayores”.

El horizonte es, pues, incierto, al límite. El virus puede atacar a través de personas asintomáticas. También puede volver, en una segunda ola, tercera ola... De hecho ya ha mutado, y puede volver a mutar. Todo éxito en la lucha parece literalmente tenue. A veces, parecemos abocados a un mundo casi en estado de semi-cierre indefinido; de alternancias imprevisibles entre confinamiento y libertad de movimiento; de rumores y medias verdades sin cuento.

Parecería incluso prudente, en estas circunstancias, ponerse no ya una mascarilla ocasional sino una máscara, y vivir con la máscara: poniendo al virus una suerte de obstáculo permanente y espeso. Desafiando el misterio que nos viene de fuera, a la espera de encuentros por descifrar, con nuestra propia presencia enmascarada como un misterio más.

Lo cual tendría, por otra parte, su lado interesante. Tendríamos que volver a aprender a comunicar, y, a falta de “innovar e innovar”, podríamos intentar volver sobre algunas de las antiguas prácticas. Y podríamos descubrir, como contraste, que las prácticas recientes son decepcionantes. En otras palabras: que si estuviéramos de astronautas en torno a la Luna tendríamos más familiaridad con nuestros semejantes que la que tenemos tal como estamos ahora. Girando y girando. Sí, en un torbellino. O en un remolino, como el de un mar huracanado, cada vez más abrumador... y sin saber lo que pueda durar

Un contrapunto, en clave “optimista y pragmática”

La descripción anterior deberá ser modulada a la vista de los acontecimientos que se irán desarrollando en los meses, los años próximos; pero, en todo caso, requiere, desde ahora, un contrapunto de cautela e impulso, de (de nuevo) “pragmatismo y optimismo” (lo que David Brooks [2020] caracteriza como “lo mejor del liberalismo americano”). Que tiene en cuenta un escenario impulsado, a la vez, por líderes políticos ansiosos por tranquilizar a la sociedad y justificarse, y por espíritus escépticos y realistas que desconfían de las generalizaciones dramáticas, y se atreven a mirar de frente los datos más inquietantes, y, entre ellos, los relativos a los fallos de gestión y los excesos retóricos de las elites de turno (con la sensación semidulce semiamarga de que casi siempre ha sido así), y todo ello en el contexto de un proceso continuo, o al menos recurrente, de corrección de errores.

Si adoptamos esa perspectiva, digamos, de “optimistas pragmáticos”, cabe señalar, primero, que es normal esperar una evolución un tanto errática de la pandemia (al fin y al cabo la anterior fue de hace cien años, y la anterior a esta, a la que todos se remiten, la peste negra, tuvo lugar hace casi setecientos años). Segundo, que si no hubiera mascarillas, ni tests, ni protección de los equipos sanitarios hoy, también es lo normal imaginar que, con el tiempo, los iría habiendo – alternando momentos de pánico, de preocupación, de tranquilidad al respecto. Tercero, que hay fallos que han sido “de (casi) siempre” – y que “(casi) de siempre”, por ejemplo, se han tenido en cuenta las diferentes esperanzas de vida de unas cohortes y otras de enfermos, potenciales o actuales, a la hora de decidir el gasto sanitario. Cuarto, que, en todo caso, los datos de cada país hay que ponerlos en el contexto de lo que ocurre en todos los demás, que han solido y suelen ser, todos, bastante preocupantes, y si en algunos países lo son más, lo lógico es contar con que irán aprendiendo de lo que sucede en otros. Y quinto, que, con el tiempo, también es de esperar que se irá desarrollando la inmunidad de las gentes y se irán descubriendo y repartiendo las vacunas – que es justo lo que parece estar sucediendo a finales del 2020, y continuará a lo largo del año en curso.

En cuanto a la economía, desde esa perspectiva, cabe confiar en que la situación se irá arreglando, gracias a una combinación de lo que podemos llamar la sabiduría de los mercados, la de los expertos y los funcionarios, la de las elites educadas, y la de las multitudes. Pensemos, por ejemplo, en la combinación de la sabiduría de los políticos y los ciudadanos. Aunque la tendencia de los políticos sea a luchar entre ellos por el poder, puede llegar un momento en el que reparen en lo que piensan sus electores. Por ejemplo, que se den cuenta de que, si bien el 96 % del público quiere pactos nacionales para combatir la pandemia, sólo el 29 % considera probable ese pacto (encuesta de Metroscopia publicada el 8 de abril de 2020; Círculo Cívico de Opinión, 2020). Es decir, cabe tener alguna confianza en que, antes o después, los políticos recuerden su necesidad de satisfacer la demanda social, si quieren ser elegidos o reelegidos: un recuerdo que hace que los políticos cumplan con alguna frecuencia sus promesas electorales. Fragmentos más o menos sólidos de sabiduría cívica pueden ser el resultado del desarrollo de la comunicación gracias a los medios de comunicación y los medios sociales, los avances de la ciencia. (Y sin olvidar la “sabiduría de la naturaleza”: el tránsito de una estación a otra, siendo las más cálidas menos favorables para la difusión de la pandemia).

Sin duda, todo ello es muy a tener en cuenta. Además, conviene prevenirse contra los excesos dramáticos en cuanto que parece saludable mantener un estado de ánimo positivo y esperanzado. Tanto más cuanto que el futuro es, evidentemente, imprevisible, y una suerte de sabiduría secular nos recuerda que, como dicen los sufíes, “lo que haya de pasar, pasará”. Pasará, porque ocurrirá; y pasará, en el sentido de que dejará paso a otra cosa.

Y sin embargo, precisamente ese carácter imprevisible del futuro, junto con la intensidad de las percepciones y las sensaciones sobresaltadas del presente, sumadas al desorden a medias de la experiencia europea y española en general, y todo ello como aguijoneado por una multitud de preguntas sin contestar revoloteando alrededor, requieren mantener lo fundamental de aquella sensación de caos. El error mayor en estas circunstancias sería desdramatizar nuestro predicamento. En definitiva, primero, el daño que una deriva de la situación a peor puede generar es enorme; segundo, la probabilidad de que tal cosa ocurra es suficientemente alta; y tercero, por tanto, el riesgo resultante de multiplicar el daño por la probabilidad aconseja volver a la imagen del torbellino.

4. EL DESCENSO, EL SALTO Y EL ASCENSO DEL MAELSTRÖM

La escena del Maelström

En resumen, los ciudadanos pueden, y quizá suelen, percibirse como viviendo en una mezcla de orden y desorden, según el cual el capitalismo trae consigo, por un lado, crecimiento, trabajo, un sistema de bienestar, libertad de movimientos, pero, por otro, crisis recurrentes, riesgo de pobreza, desigualdad, precariedad, subordinación, explotación. Según el cual, la democracia, el menos malo de todos los regímenes posibles (Churchill *dixit*), tiene su contrapunto en la partitocracia, la desconfianza respecto a las elites políticas, un espacio público distorsionado. Según el cual, las sociedades parecen más trabadas; pero se fragmentan, se atomizan, y se obsesionan con sus diferencias. Según el cual, la cultura parece más capaz de promover y difundir ciencia (natural), tecnología, información; y sin embargo el relato de la experiencia compartida se nos escapa, la memoria histórica es un campo de batalla, y los intentos de una conversación cívica tienen lugar en un espacio de profundos desencuentros, como en una Torre de Babel.

Contra este telón de fondo dramático de carácter general, se pueden destacar los casos particulares. Como el de España, por ejemplo, sometida hoy a las tensiones de una pandemia atroz, un horizonte económico muy difícil, el probable aumento de las tensiones sociales consiguientes, así como operaciones políticas de ruptura de la unidad territorial y del marco constitucional. Y, al tiempo, con una clase política empeñada en hacer de la política un duelo y un juego de reproches mutuos. Todo ello basado en un conjunto de disposiciones y orientaciones morales y cognitivas reproducido una y otra vez por un sistema educativo sumamente endeble – como lo demuestra la torpeza de un debate público que pone de relieve, tanto la mediocridad de la clase política, como la timidez y la acidia de la sociedad civil.

¿Qué “se” puede hacer o, más bien, qué “podemos hacer nosotros” ante esta situación? Podríamos responder como Cervantes/Don Quijote – al fin y al cabo, nuestro símbolo universal por antonomasia. Recordemos lo que nos dice nuestro héroe cuando se pone de camino. ¿Dónde va, qué quiere hacer, en qué va pensando? Pues bien: va pensando “en los agravios que pensaba deshacer, entuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer” (primera parte, capítulo segundo) – lo que, en palabras más prosaicas (genéricas y abstractas) viene a ser: “poner un poco de orden en un mundo caótico”.

Y es así como el protagonista se adentra por la ancha Castilla, por la Mancha, dejándose llevar de su caballo. La ancha tierra, como la ancha mar: abierta a, y juguete de, todos los vientos. Lo que, ya puestos en la senda de las imágenes literarias, y trasladándonos en tiempo y en espacio, hasta la Nueva Inglaterra de la segunda mitad del siglo XIX, puede conducirnos a una alegoría, que nos permite esbozar un argumento *ad hoc*, dibujando una secuencia, y sacando alguna conclusión.

La imagen vendría a ser la de encontrarnos en medio de un remolino, y nuestro héroe, o nosotros, en la tesitura de decidir qué hacer en él. Un remolino en el océano. Qué hacer con la doble posibilidad de hundirse o de elevarse, desaparecer o salvarse. La alegoría se contiene en la narración de un escritor y poeta, crítico y periodista, norteamericano, nacido en Boston, Massachusetts, hace ahora dos siglos: Edgar Allan Poe. Una narración la suya, estimulante y esclarecedora para encarar nuestro predicamento, como lo es la de *El descenso del Maelström* (1978 [1841]). Dramática pero no fatalista; esperanzada pero arriesgada.

La recuerdo, en términos muy breves. El escritor se asoma al borde de un acantilado y vislumbra a lo lejos, en mar abierto, una sombra que parece dibujar un círculo, una estela de espuma a su alrededor, y un bramido sordo y lejano. Se le acerca un hombre mayor, el pelo blanco, el aire exhausto, y le dice que estuvo allí.

Se explica. Su barco se extravió, perdido el rumbo giró en varias direcciones, se sometió a corrientes contradictorias. Al final se descubre al borde de un inmenso remolino, empieza a recorrer sus bordes, y se hunde mientras da vueltas y vueltas. Él se agarra a las cuerdas, a las velas. Se ve rodeado de innumerables bultos que giran, trozos de arboladuras de barcos, palos. Gentes desesperadas. Ve su hermano, en trance también de sumergirse. El ruido es ensordecedor, el ritmo aumenta, la oscuridad se hace más espesa.

En medio de todo esto sólo le queda... la curiosidad. Una suerte de pasión por conocer, por entender, en lo que se pueda, lo que ocurre. Mira con atención. Y al cabo de mucho tiempo se da cuenta de que, si bien muchos objetos se hunden en el agujero final que parece aguardarles, no lo hacen todos. De hecho, hay objetos que giran y giran, y no se hunden, no les absorbe el fondo del abismo. Algunos parece

incluso que se van elevando. Se fija en los detalles de cómo son. Son... como barriles. Son cilindros; tal vez, especula, su forma reduce o desvía la presión de las corrientes marinas.

No puede estar seguro de la explicación de lo que ve, y tal vez, piensa, no tenga los recursos para explicarlo. Pero lo cierto es que la observación le dice que, a la postre, los barriles se resisten a irse al fondo. Y remontan. Es un hecho.

De modo que, sin pensarlo mucho más, basándose en esa percepción confusa (al menos, inexplicable), un instinto de supervivencia, una intuición tentativa, una apuesta, y ante lo que parece un final inminente, apela a su hermano, al que ve en situación similar, para que intente salvarse. Sin que este responda. Y en el último momento, agotado el tiempo, decide él saltar... y salta – a uno de los barriles. Y con él, comienza a dar vueltas y vueltas; pero va emergiendo... Y acaba en la superficie del mar, y en la playa. Y ahora está aquí, en el acantilado, contando su historia, con los cabellos que se le han vuelto blancos, fascinado por su recuerdo, habiendo vivido algo casi imposible de compartir – salvo que nos lo cuenta: al poeta. Y este, a nosotros...

Tres movimientos: una curiosidad, un salto, y un yendo adónde y evitando qué

¿Qué podemos hacer nosotros? Podemos usar esta historia para nuestro propósito. Estamos en medio de un *Maelström sui generis*, un caos sanitario y político y económico, y sociocultural – y se trata de escapar del abismo. Se trata de mirar con atención, de avizorar “un barril”, de “hacerse una teoría” o ni siquiera hacérsela..., pero hacer algo, sobre la base de una intuición plausible. En otras palabras: se trata de dos cosas, de observar-y-razonar y de decidirse. La curiosidad nos lleva a observar y razonar – digamos (pensando en el manejo de la pandemia, por ejemplo) tanto el recurso a la ciencia como el cultivo del sentido común y un espacio público razonable. Pero no se trata sólo de razonar: se trata también, y en cierto modo, sobre todo, de lanzarse a “un barril”, asirlo, agarrarse a él con fuerza, aguantar.

Podemos interpretar el *Maelström* como una alegoría de cierta complejidad, que no se reduce a ser meramente el símbolo del caos (confusión, violencia), sino un relato que contiene varios elementos conectados. Se trata de comprender la secuencia completa del descenso y el ascenso, en su conjunto, y no sólo del descenso⁷. Y de tener en cuenta los objetos del entorno (el barco que se abandona, el barril al que se

⁷ El foco en la fase del descenso puede verse en la discusión sobre la política norteamericana en los años sesenta del siglo pasado, como abocando a una “política de la división” (Cohen, 2016).

salta) y los tres movimientos del protagonista: de evaluar la situación, de saltar, y de agarrarse a qué y con qué rumbo. Ello implica interpretar, primero, lo que signifique saltar; segundo, lo que signifique el barril al que se salta; y tercero, lo que pueda ser el abismo del que se trata de escapar. Preguntas que implican una valoración, un riesgo, una posible comunidad de conversación y de acción – y un compromiso moral y emocional por evitar el caos, externo e interno, no cayendo en la tentación de la timidez o de la acidia.

Saltar es apostar, adoptando una actitud pascaliana o incluso, digamos, “napoleónica” (o, llevando la comparación más lejos, “leninista”: Walicki, 1979) – en el sentido de hacer tuyas, de alguna manera, las palabras de Napoleón cuando, preguntado por cuál fuera su gran estrategia, respondió: “*on s’engage et puis on voit...*”, con los resultados que luego se verían, algunos desastrosos.

Pero el *motto* es equívoco. Porque lo que Napoleón no dice es que su *engagement* comienza con una curiosidad e incluye un pensamiento: tiene el sentido que proporcionen su motivo y su inteligencia de la situación. Puede ser el propio de un narcisista, un autista o el de un patriota razonable, el de un militar competente o el de un paciente en un sanatorio psiquiátrico (que se cree Napoleón). Un razonamiento análogo podría aplicarse al salto del *Maelström*, el salto al barril. Su sentido podría ser el que resulta de la combinación de un impulso reactivo, la huida del caos y de la muerte, y otro proactivo, la supervivencia y la aspiración a un orden y una paz – pero en todo caso es el compromiso con un curso de acción, una decisión existencial, una mezcla de especulación y sensaciones, recuerdos y proyectos que acompañan la secuencia del salto; o, si se quiere, pasando de una imagen a otra, de un primer paso a los siguientes que se van convirtiendo en una senda.

La imagen del barril

En todo caso, un salto a... ¿un barril? La imagen es a primera vista extraña. El barril es, por lo pronto, un espacio protegido y protector, para estar a salvo – protegido por la convexidad y la firmeza del trazado de sus varios fragmentos. Lo opuesto al amasijo de astillas en el que se va a convertir el barco a pique, del que se trata de huir. Se abandona la comunidad del barco que se hunde, y se salta a ¿lo que es o puede llegar a ser otra comunidad?

El barril puede ser el símbolo de un espacio compartido con otros, donde se desarrolla la experiencia de una comunidad con ... unos “otros” con quienes se hace suficiente causa común como para mantenerse juntos; con los que se juega. Por lo pronto, se les invita al juego en común de mantenerse a flote, como se hace con el hermano – que desoye la invitación.

Podríamos, también, considerar el barril como siendo objeto de una mutación, o una transfiguración. Como si no nos quedáramos simplemente por fuera de él y abrazados a él – porque tiene una puerta, si entramos por ella, nos encontramos... con una habitación. Un espacio donde se debate o se juega o se contempla o se decide algo. El barril podría sufrir incluso una nueva metamorfosis a la manera clásica, ovidiana, y transfigurarse... en una casa – a la manera de la casa volante de Judy Garland de la filmografía moderna (la película de Víctor Fleming de hace ya casi un siglo: 1939). A la que el torbellino lleva por los aires hasta tocar tierra, abrir la puerta y toparnos... con la senda de las baldosas amarillas que llevará a la protagonista, que nos llevará a todos a las puertas del castillo del Mago de Oz. Un viaje por el que, buscando ir más allá del Arco Iris, la heroína, y sus acompañantes, peregrinos, acabarán volviendo al hogar.

La imagen del barril en este caso, sin embargo, nos habla menos de volar y volver a casa que de salir a flote y sobrevivir. Aunque el protagonista hace algo más que sobrevivir: cuenta su historia a un desconocido, al narrador poeta, para que este nos la transmita a nosotros, y nosotros... hagamos algo con ella. Un paso sigue al otro, y todos encajarían, como en un ballet.

En rigor, el barril-objeto como tal no responde, no se relaciona, como de sujeto a sujeto, con quien se aferra a él. Puede ser más bien una metáfora para un espacio donde tiene lugar un encuentro entre quien se ase al barril y... quienes le hacen un hueco en él, le ayudan a atarse las cuerdas, a aguantar el embate; y le abren la puerta, le sientan a la mesa y, siendo diferentes, y fieles a sus diferencias, se empeñan en un debate o una conversación entre ellos. Y la conversación se convierte en un juego... ¿un juego de ajedrez? Es como si el salto al barril giratorio nos diera la ocasión para encontrarnos con un espacio de conversación y una comunidad potencial ¿para hacer qué? – ¿para jugar una partida? ¿para hacer la paz? ¿para evitar un caos?

Quizá el espacio para una conversación, pero no la conversación “a la francesa” por mera diversión, orientada a un despliegue de ingenio, que Madame de Staël (1965 [1813]: tomo I, 101 y ss.) contrasta con la típica “alemana” entre “*esprits sérieux*”, obsesos con llevar sus argumentos hasta las últimas conclusiones. Sino una conversación distinta a una y otra, abierta, que supone una serie de encuentros y desencuentros en un proceso de ir avanzando juntos, o sobreviviendo juntos.

El fondo del abismo a evitar sería el caos, el límite de la entropía. En este caso no tanto bajo la forma de un hacerse astillas, una fractura, la explosión en miles de fragmentos, cuanto bajo la forma de desconexión y desorden e inercia y nada. Es decir, de un estado del ser que es como no ser; y que, en términos de sentimientos humanos y modos de estar en el mundo, puede llamarse depresión, tristeza y acidia. El hermano del protagonista se queda en su barco, tal como está, y no se decide a

saltar, y desaparece: en un dejar hacer y dejarse hacer, y dejar que el caos del mundo prosiga. Lo que puede ocurrir en un clima de desesperación y angustia, a gritos; o, más frecuentemente, de desidia, resignación, escapando por las esquinas.

¿El abismo de una Europa indiferente y triste...? ¿O quizá lo que sería el de una Europa mediocre, provinciana, centrada en sí misma y en un mal-recordar lo que ha solido llamar sus triunfos pasados, colonias y conquistas, vueltos a imaginar una y otra vez a la vista de la ideología, la mentalidad, los lugares comunes de cada momento? ¿En clave depresiva, o en clave de autoexaltación? ¿Sin saber qué hacer con, y por, el resto del mundo? ¿Sin paz interna, y sin misión de paz genuina en un mundo que ahora se pregunta si fue suyo durante dos o tres siglos, con sus méritos, sí, pero relativamente efímeros, y medio gloriosos y medio dudosos?

Una Europa de la indiferencia recíproca (recordemos con Proust, el leve paso que separa la indiferencia y la crueldad; 1954 [1917]: 165]), y no una basada en la amistad. Indiferencia que acompaña a la amistad perdida; y tristeza que acompaña a la ruptura de una amistad. Una amistad que se había construido en torno a experiencias comunes, más allá del juego de intereses e ideas; y desaparece.

Y aquí, a propósito de lo que pudiera ser una percepción súbita de un fondo del abismo, me remito al testimonio personal, sentido y genuino, de una profesional, jurista y empresaria española afincada en Inglaterra muchos años, al evocar su propia experiencia del Brexit. Su testimonio resalta la tristeza no sólo de la despedida actual, sino de ver un “haber vivido juntos” convertido en un “haber creído haber vivido juntos”. En sus palabras: “¿Sabes lo que se siente cuando lo has dado todo por una persona y en el momento más inesperado te deja tirado como si no le importaras? Pues sustituye ‘persona’ por ‘país’ y eso es lo que siento yo con la salida del Reino Unido de la Unión Europea: abandono, una decepción enorme y sobre todo tristeza, muchísima tristeza. Los europeos que hemos vivido en el Reino Unido (...) hemos construido nuestras vidas con los británicos... pagado impuestos, contribuido a sus empresas (...) criado nuestros hijos, hecho amistades, apoyado iniciativas (...) tratado a su país como si fuera nuestro (...) querido a su país como si fuera nuestro” (González Durántez, 2020).

A su vez, la tristeza de la amistad perdida puede prolongar una previa indiferencia mutua; que quede de manifiesto en cualquier momento. Por ejemplo, la que se ha observado con la primera reacción europea a la pandemia – que ha sido, curiosamente, la de distanciarse unos de otros. Sólo después, recapacitando, pensando en lo que a la larga les interesa, han ido los distintos países iniciando una conversación con vistas a una posible coordinación sanitaria y económica, vislumbrando grandes planes – y ya veremos lo que ocurre. En todo caso, sea romper lazos sea saltar juntos, la posibilidad está abierta de hacer la apuesta, y jugar la partida.

El salto, y una partida con una estrategia de fondo y un objetivo a largo

La combinación de las varias crisis antes descritas nos sitúa ante una opción dramática entre una sociedad civilizada y una deriva caótica –una suerte de apuesta pascaliana entre la justicia y el caos (Pascal, 1950 [1659-1661]: sección 3). La opción, la batalla entre ambas, se dirime en muchos terrenos de combate; y, para facilitar una visión estratégica del conjunto, propuse, en un ensayo anterior (Pérez-Díaz, 2020), la imagen de una serie de partidas simultáneas de ajedrez. El “salto al barril” sería una de ellas: una partida de alcance estratégico que condiciona el objetivo y, con él, el rumbo, el fondo y el largo plazo del proceso en curso.

Ese objetivo puede ser definido de maneras muy diferentes, según la perspectiva que se adopte. La adoptada aquí es una anclada en la memoria de Occidente, que responde una tradición intermitente en él (y no sólo en él) desde hace unos dos milenios y medio; y que la cultura de la modernidad intenta reconfigurar, con éxito variable (y limitado) desde hace unos pocos siglos. El objetivo sería, en este caso, el de acercarnos al ideal de una sociedad “civilizada y razonable”; entendiendo como tal una en la que una economía de mercado (expresión de la libertad de las personas) está incorporada a, y es parte de⁸, un conjunto que incluye un sistema de bienestar, un marco regulatorio prudente, un estado limitado, una democracia liberal participativa, un espacio público autónomo y vivaz, un estado de derecho, una división de poderes. Ese conjunto institucional animado e inspirado por, y basado en, una cultura compleja y fragmentaria, que intenta combinar el reconocimiento de la libertad personal con el sentimiento moral del cuidado por los demás y por la comunidad como tal. Un componente sustancial de ese conjunto es un tejido asociativo libre, plural y dinámico. Tejido asociativo (formal e informal y familiar) sin el cual el resto se corrompe: el mercado, el espacio público, la democracia, la ley – y sin el cual la cultura, en particular, se queda en doctrinas y exhortaciones, ideas y palabras colgadas del aire.

Este objetivo de una sociedad razonable y reconciliada no es, ni pretende ser, una novedad de la última hora. En realidad, un modelo parecido, en todo o en parte, al que acabo de esbozar ha sido una referencia recurrente de nuestra experiencia histórica, y, en todo o en parte, se le recuerda, incluso ahora, con bastante (¿cada vez con más?) frecuencia. Podemos considerar este objetivo (ambicioso) como un objetivo plausible (posible y deseable) que forma parte destacada de un imaginario colectivo europeo tradicional, por ejemplo (con tonalidades y ajustes distintos en unos y otros pagos). Algo así como una estrella polar, un signo en el horizonte, y como tal ya parte del paisaje – y ello aun siendo muy conscientes de que las rea-

⁸ En los términos de Polanyi (1992 [1944]), estaría *embedded* en ese conjunto – conjunto al me suelo referir en otros lugares con la expresión “sociedad civil en sentido amplio” (Pérez-Díaz, 2014).

lizaciones efectivas de este modelo en la historia han solido ser poco más que un *second best* o *lesser evil* en comparación con sus alternativas del momento (Pérez-Díaz, 2014).

Pero tal vez este saber que la realización de aquel objetivo es problemática importe, y mucho, pero no importe tanto. Porque, por un lado, el realismo nos obligue a reconocer que la sociedad ideal está sujeta a derivas oligárquicas y demagógicas recurrentes, y esta realidad se resista a las buenas intenciones; pero, por otro lado, esta resistencia de la realidad nos sea útil. Por ejemplo, puede funcionar como un incentivo para armarnos de paciencia y perseverar; y para adaptarnos a, y estar atentos y aprender de, la senda zigzagueante del pasado y de los muchos experimentos en curso del presente. Puede incluso estimularnos para no desfallecer en el empeño de conservar la altura de miras y el espíritu magnánimo. Recurriendo para ello, entre otras cosas, a un fondo de simbolismos propicios – que incluyen, por ejemplo (y apenas sin salir de la Baja Edad Media y la Toscana...), la imagen de la danza sienesa del fresco de Lorenzetti (Skinner, 2002) celebrando la paz del *buon governo*: imagen hermanada con la retórica de un poder político visto en clave, no ya de mero antimaquivelismo, sino de un “gobernar es servir” que vendría a ser una suerte de equivalente al “gobierno maternal” (*sicut mater*) que recomendara Francisco de Asís en su carta al hermano León⁹.

Todo lo cual nos recuerda lo mucho que puede haber de magnanimidad en lo humilde, y de grandeza en lo pequeño (y de actual en lo aparentemente anacrónico). Y ya llegados a este punto, termino este ensayo centrándome, precisamente, en el “detalle” del tejido asociativo.

5. IMPORTANCIA ESTRATÉGICA DE LOS PEQUEÑOS ESPACIOS Y LAS GENTES CORRIENTES, EL SENTIDO COMÚN Y LA SOCIEDAD CIVIL

Los grandes proyectos y los pequeños espacios socioculturales

Los grandes proyectos requieren atención a los detalles. A la hora de diseñar y poner en práctica una estrategia para alcanzar el gran objetivo de una sociedad como aquella a la que me vengo refiriendo, habría que coordinar, o al menos tener en cuenta, una variedad de operaciones y sus correspondientes partidas simultáneas. Probablemente, las de encontrar una voz en la geopolítica mundial, acometer políticas económicas y sociales de gran envergadura, grandes reformas estructurales, el cultivo de ritos y relatos complejos, la implementación, en general, de una

⁹ Quizá una pieza de una utopía retrospectiva (¿y posmoderna?) de “democracia medieval” (Dalarun, 2012).

política deliberada de creación de incentivos institucionales que sirvan como palancas que orienten, en un sentido u otro, las conductas de las gentes, el reforzamiento de un orden jurídico que minimice la probabilidad de la violencia, y tantas otras. Pero ahora quiero fijarme, solamente, en una pieza estratégica crucial y sin embargo, en general, desatendida.

Me explico. Todas las grandes políticas y estrategias antes mencionadas requieren ser implementadas y continuadas en el tiempo; y esto a su vez requiere una ciudadanía en la que tiendan a prevalecer lo que podríamos llamar, modo aristotélico, “las virtudes de la multitud” (Cammack, 2013). Porque lo cierto es que las elites mandan, pero en el largo plazo la realidad es que ni mandan tanto, ni los procesos históricos les suelen obedecer, como quisieran. De modo que, a la larga, necesitan cierta forma de consenso, aquiescencia, colaboración por parte de una ciudadanía que, en su caso, no sólo haga suyas las eventuales reformas y políticas públicas, sino que participe en su discusión; e incluso las inicie y las experimente por su cuenta – y llegue hasta educar a sus elites, mediante la inyección de dosis masivas de sentido común (y no de “lugares comunes”) y de sentido de lo común.

Al mismo tiempo, y tratando de seguir siendo realistas, conviene recordar (a la vista de una experiencia de algunos milenios) que la ciudadanía puede comportarse tanto de manera razonable y cívica, como de otra muy distinta: una manera clientelista, o simplemente mafiosa, por ejemplo, o la propia de gentes bipolares que alternan la sumisión con la indignación, o se dejan llevar a la búsqueda y la persecución de chivos expiatorios a instancia de los demagogos e inquisidores de turno.

Buena parte de la respuesta a la cuestión sobre si la sociedad se comportará de una manera u otra depende de la mayor o menor presencia en ella, de un tejido asociativo determinado: uno donde encontrar los espacios socioculturales precisos para que los individuos puedan formar hábitos de razonabilidad y de civismo, es decir, hábitos de respeto a las diferencias y a la libertad de otros junto con la disposición para la cooperación y la competición leal, y desarrollar su capacidad para observar la realidad, poner a prueba los juicios propios y ajenos, y ordenar sus pensamientos y expresarse en público. Esos espacios socioculturales son de dimensión variable pero generalmente modesta, abarcable, lo cual puede favorecer la formación y el desarrollo del carácter apropiado para formar parte activa de una comunidad política.

Volviendo a las metáforas literarias anteriores, la imagen del barril evoca justamente un espacio protector y protegido con el que se funde el naufrago en un abrazo (un espacio como el círculo de compañeros del camino de las losas amarillas, de Dorothy, hacia Oz); y remite a la experiencia primordial de espacios pequeños, de tratos y apoyos mutuos: comunidades de juego o trabajo o estudio, un tejido asociativo diverso, redes socio-familiares – que hacen posible la combinación de interacciones, organización y sentimientos de los grupos pequeños, que constituyen las

formas elementales de la sociedad (Homans, 1961). No se trata de la parte más famosa o poderosa de la sociedad; pero digamos que tal vez, de la misma manera que la inutilidad puede ser la clave de lo más útil (Leys, 2012), la verdadera grandeza (el típico objetivo de los magnánimos) se puede comprender y quizá conjugarse mejor en los términos de lo más humilde.

Sobre el compromiso “aquí y ahora”: entre “agarrar el instante” y la acidia

Tanto más cuanto que colocar el foco de la atención en ese tejido asociativo nos ofrece una oportunidad para comprometernos en una estrategia *sui generis*, dispersa y discreta, de “guerra de guerrillas” – pensada para una intervención “desde ya” (y no en la clave irónica de Larra, del “vuelva Vd. mañana”), es decir, en el aquí y ahora de cada cual en su entorno próximo.

Desde esta perspectiva, el salto sobre el abismo del *Maelström* podría repensarse en clave de *carpe diem*, de un agarrar el instante, considerándolo como una oportunidad única y, al tiempo, como una expresión (agradecida) del milagro de estar vivos – y de estar juntos, y así, de entender algo y ser capaces de hacer algo. Entenderlo, hacerlo cada cual por sí mismo, y con otros. Asumiendo así la responsabilidad por ello, sin delegarla en instancias lejanas – en los políticos, por ejemplo. Y una vez emprendida la marcha, continuarla. Como si la razón de ser y el ser mismo de cada cual fuera su camino, como para el escalador el camino que conduce a la cima es ya la cima (Söhngen, 1961: 80).

Mientras que, por el contrario, el no saltar, el “no hacer nada”, fuera una manera de dejar las cosas sin entender, y un testimonio de la acidia de quien, rehusando el salto, se resigna a dejarse llevar por el remolino hacia la nada. Eso sí, quejándose e indignándose, probablemente con la boca cada vez más pequeña, porque se siente cada vez más solo; o bien, ironías quizá de la ambigüedad humana, resignado a lo que le parece una elección divina.

En definitiva, una gran estrategia que tiene como último objetivo lograr una sociedad libre, veraz, reconciliada, sólo se alcanza mediante un cultivo del carácter y el hábito, en otras palabras, alguna variante de una “política de la virtud” (Milbank y Pabst, 2016) que desborda la mera política; es decir, una cultura vivida que abarca formas diversas de la vida de los ciudadanos en general. No una cultura reducida a la proclamación de unos valores, sino entendida como performance, como forma de vida; de vida virtuosa y valerosa. Ello se aplica, en particular, a las gentes corrientes; quienes sólo podrán ejercer el control adecuado sobre (y educar a) aquellas elites, si, al tiempo que contienen su soberbia, resisten su propia tendencia (su tentación) a la servidumbre voluntaria.

Volviendo a tener en cuenta la perspectiva de los “optimistas pragmáticos”

Construir una comunidad política es un juego de todos, de los ciudadanos corrientes y de las elites. Y esto lo saben bien las propias elites, aunque asuman incluso con entusiasmo su papel de protagonistas de la vida pública. Habitadas a manejar el sistema día a día, y a parecer que lo manejan en tiempos de crisis, es comprensible que tiendan a asumir una actitud más bien “pragmática y optimista” por lo que se refiere a la sucesión de los acontecimientos (casi siempre “bajo control”) y la consecución de sus fines (aunque siempre necesitados de algunos compromisos).

Su *tempo* es un tanto sobresaltado, pero disfrutan de muchos momentos de pausa, no sólo para distraerse y disfrutar de su celebridad, sino también para perfeccionar sus técnicas políticas, lo cual les da una oportunidad para refinar su astucia, o su prudencia. Lo cual, de conseguirlo, les puede hacer que aprendan que, en los asuntos importantes, la aquiescencia de las gentes corrientes (voto incluido), que tanto necesitan, puede ser flor de un día. En buena parte porque, en asuntos complicados como por ejemplo los que atañen a temas económicos (y ecológicos, y geopolíticos...), las informaciones de base son muchas y enrevesadas, y (estando el demonio en los detalles) difíciles de entender. De modo que, por mucho que, por mor de conseguir la aquiescencia de la ciudadanía, se trate de simplificar el debate con las heurísticas de izquierdas y derechas, y de identidades colectivas diversas, el hecho es que el público hace suyas las políticas públicas *sólo hasta cierto punto*. A la hora de la verdad, la adhesión de “las masas” (un término caído en cierto descrédito) a slogans, programas e imágenes de sus líderes, suele revelarse como superficial y provisional. Tanto más cuanto que, se lo confiesen o no, los ciudadanos tienen las lecciones del pasado aprendidas con alfileres, y, además, se fían poco de sus políticos.

Esta reticencia de la sociedad da un carácter de fragilidad a todas las grandes decisiones estratégicas que tomen las elites; el apoyo de la sociedad no acaba de estar ahí, y menos aún de manera durable y razonada. Y ello repercute en el hecho de que cualquier acuerdo entre las elites suele ser asimismo frágil, y puesto en cuestión en cuanto cambia la relación de fuerzas: al día siguiente de firmarlo, por así decirlo. Lo cual pone de relieve la conveniencia de que el rumbo esté suficientemente definido y sirva de referencia para las posiciones que se adopten, y de horizonte a la coyuntura del momento; y así permita un diálogo que haga posible la sensación de que se va aprendiendo tanto del cumplimiento de las expectativas como de su incumplimiento.

A título de ejemplo, y para ilustrar la necesidad de tener un rumbo y un objetivo a largo plazo, cabe evocar la importancia del proyecto de crear un espacio de amistad entre Cataluña y el resto de España; lo que a su vez estaría relacionado con

el objetivo de unir a Europa (y podría tener también profundas consecuencias en el manejo de la pandemia). Siendo realista (o “pragmatista”) habría que reconocer que, a falta de un espacio de amistad (al menos uno en trance de hacerse) tanto la integración de Cataluña en España parecerá forzada para los dos millones de independentistas, como su separación lo será para los dos millones de no-independentistas, y el resto de los españoles. “Forzada” significa impuesta, ergo, generadora de resentimiento y hostilidad. Esto afectaría no sólo a España sino a toda Europa, que vería cómo se creaba un foco de desencuentros, continuos o recurrentes, de gravedad variable pero con frecuencia muy preocupantes, en una zona crucial de su territorio, a caballo entre el Atlántico y el Mediterráneo occidental. Es obvio que esto sería un estímulo para el desarrollo de tensiones interestatales e interregionales; y que, en términos geopolíticos, supondría un flanco débil muy peligroso.

Pero he aquí que, una vez más, la perspectiva (limitada y sesgada) de los pragmatistas puede contribuir, indirectamente, a un mejor entendimiento de la situación. Porque cabe preguntarse: ¿cómo seguir adelante con el proyecto ambicioso, mitopoiético y religioso/cuidadoso de una comunidad humana reconciliada, o un espacio de amistad, si se descuidan los “detalles prácticos” de los conflictos económicos, políticos y sociales? En tal caso, las exhortaciones corren el riesgo de ser irrelevantes. Los grandes ideales se quedan en meras palabras.

Ahora bien (y continuando el argumento) sucede que para conseguir resultados inmediatos y tangibles el primer paso es... que cada cual dé *su* primer paso, se haga responsable de lo que hace, y busque la manera de dar el paso siguiente. Que cada cual se sienta en cierto modo un Sócrates que formula su pregunta y atiende a la respuesta del oráculo, su voz interior y la de su comunidad próxima, la que encuentra, y le resiste, y a la que hace y rehace (o así lo intenta) una y otra vez, con sus “diálogos socráticos”, y los muchos quehaceres del convivir, y guerrear, juntos.

Según esto, los ciudadanos de a pie de nuestras sociedades contemporáneas pueden, por un lado, entender, criticar, corregir, pedir cuentas, y por otro, hacer algo por su cuenta. O lo que viene a ser lo mismo: participar activamente en el debate público, y dar curso a un sinnúmero de iniciativas por su cuenta, sin esperar permiso. Con una dosis sustancial de sentido común y sentido de lo común proporcionados por su experiencia cotidiana – y corroborados, en buena medida (con su lógico margen de incertidumbre), por la sabiduría popular y la sapiencial al menos desde hace algunos milenios: nada que exija perentoriamente un seminario académico, un adoctrinamiento político, un impulso dogmático, una campaña de comunicación, o una innovación tecnológica o empresarial especial.

A modo de exordio final

Es cuestión de ponerse a la tarea, pie a tierra. La tarea de los cursos escolares, los trabajos, las empresas, la asistencia sanitaria, la información y la forma y el

contenido de las comunicaciones, las máscaras, el uso de las lenguas, la ayuda a las familias y/o permitir a las familias que se ayuden a sí mismas – y la continua “rectificación de los nombres” que acompañe a estos afanes continuos. Tema a tema, vislumbrando el conjunto, pero yendo por partes. Nos tocaría a todos, uno por uno, y unos con otros. Tocaría decidir el voto, la voz, los actos de cada cual – y que, junto con esa decisión, tan de cada uno, viniera la experiencia y la conciencia de lo poco que todo eso significa si no viene acompañado de un hacer con otros.

La propuesta de combinar la visión del objetivo final con la sucesión de movimientos inmediatos sugiere una estrategia no de “salida” sino de “superación” de la crisis, que a su vez requiere un ejercicio de comprensión e interpretación de los agentes en cuestión, teniendo en cuenta sus perspectivas y sus estrategias, influidas como Estas lo están por sus experiencias de vida, y por una constelación de simbolismos de orígenes diversos – incluyendo los procedentes de la sabiduría sapiencial de los tiempos axiales, de tradiciones culturales varias, hasta el momento actual.

He ilustrado el curso de mi argumento con diversas referencias, y lo concluyo con una muy breve a las artes plásticas y la literatura, imágenes y narrativas. Como ya he señalado, los frescos de Lorenzetti sobre *Il buon governo* expresan la aspiración y la nostalgia de una comunidad reconciliada. Danza de la paz, y de la magnanimidad y de la vida, la cual brotaría por ello con mayor ímpetu. Pero es interrumpida por una crisis, una guerra, una peste. Y la imagen plástica cede el paso a una narrativa; en la que el círculo se rompe y el barco se hunde en medio de un torbellino, el *Maelström* de Poe. Entonces tiene lugar una reacción, el “salto al barril”, cuyo ímpetu ascensional hace como si el agua se convirtiera en lava, y el agujero negro, en un volcán en erupción, con su remolino de tierra y fuego, de formas compactas, en la pintura expresionista abstracta de *El cráter* de Marina Olivares – el pozo se transmutaría en una montaña que surge y gira y crece (Olivares: 1999, figura 23). ¿Diríamos que su impulso le orienta hacia más allá de las estrellas? En ese caso es como si un nuevo personaje, y un personaje muy nuestro, imprevisto pero no inesperado, se desvelara finalmente y se pusiera de manifiesto. Y asistiéramos a la escena de la Europa raptada y liberada de la oda de Horacio (*Odas*, Libro Tercero, XXVII: 29-32): “la que buscaba flores en los prados, y trenzaba coronas a las ninfas, y ahora, en noche incierta, ve tan solo astros y olas” – y prolonga su búsqueda, más allá de los cielos y de la mar profunda.

CAPÍTULO 2

LA SUPERACIÓN DE LOS RECHAZOS MUTUOS: LOS PROBLEMAS DE LA CONVERSACIÓN CÍVICA, Y EL EJEMPLO CATALÁN

INTRODUCCIÓN

En un ensayo anterior he sugerido que consideremos los problemas políticos como juegos de ajedrez, como múltiples partidas simultáneas (Pérez-Díaz, 2020). Victorias, derrotas y tablas se sucederían una y otra vez y cada partida contaría con su propio trofeo, pero la victoria final quedaría por determinar digamos que sería... muy al final, o en cualquier momento. Propongo ahora una partida que, en cierto modo, las acompaña a todas: la del control de los sentimientos de rechazo mutuo. Lo hago centrándome en una experiencia particular; y lo hago subrayando la extraordinaria envergadura sociocultural del problema de fondo – no precisamente un problema tacticista incidental.

El reto de fondo es el de ganar o perder la partida sobre mantener una comunidad política (Europa, España, por ejemplo) superando, o (al menos, provisionalmente) sorteando, la posibilidad, o la probabilidad, de un espiral de sentimientos de desconfianza recíproca. Tales sentimientos serían como sombras que amenazarían con provocar el caos y oscurecerlo todo, impidiendo la formación del fondo de amistad cívica indispensable para producir y reproducir una comunidad política plausible, es decir, una comunidad capaz de durar – e incluso capaz de soñar con quedar en el tiempo: como lo pudiera soñar un estado nación europeo o una *civitas* romana con la trayectoria aproximada de un milenio.

En este caso, podemos tratar de reforzar la comunidad política europea, por ejemplo. Pero hacerlo teniendo en cuenta, no sólo y no tanto las ideas y los intereses implicados en los debates y las maniobras del momento, cuanto los sentimientos (y las disposiciones morales) de las gentes. Y hacerlo de una manera determinada, indirecta: enfocando la atención en el encaje entre uno de los estados nación europeos (España) y uno de sus territorios o regiones (Cataluña). Lo cual se justificaría por dos razones. Porque lo que averigüemos al nivel estatal nacional pueda servirnos, por analogía, para el nivel europeo; y porque, para que el proyecto de una Europa integrada se realice, es esencial que sus partes constituyentes, sus estados nación, tengan la coherencia y la estabilidad internas precisas – evitando así que alguno de ellos se convierta en un foco de contagio, agrave una situación de caos, y propicie así la formación de una suerte de agujero negro por donde se pierda buena parte de nuestras energías (de los europeos, de los españoles, de los catalanes), durante

demasiado tiempo. Y la consecuencia última de ello sea una Europa “eternamente por hacer” – una variante de lo que Voegelin llamaba esa “famosa Europa que no existe” (1989).

Me centro en un “problema catalán” que, en realidad, incluye varios problemas de ajuste entre España, como estado nación de los últimos cinco siglos, y Cataluña, como uno de sus componentes territoriales, culturales e institucionales claves durante todo ese tiempo, la mitad de cuyo electorado ha mostrado, a lo largo de la última década, su deseo de independencia de España y la otra mitad, el de permanecer en ella. Enfoco la atención hacia los sentimientos de confianza entre unos y otros. No pretendo ofrecer una descripción y menos aún una explicación completa del proceso en curso, sino sólo un ensayo exploratorio y, en cierto modo, la invitación a una conversación.

Por cuestiones de método, incorporo en este ensayo materiales diversos: estadísticas, noticias, referencias filosóficas y literarias, y testimonios personales. Incluyo estos últimos para poder entender mejor la perspectiva desde la que veo el problema, invitando al lector a hacer lo propio con la suya; e implicándonos, de este modo, en una conversación paralela a, y conectada con, la conversación cívica o debate público que está teniendo lugar en estos momentos. Ello supone comprometernos en un proceso de razonamiento compartido, haciendo uso de lo que John Newman (1979 [1870]) llamaba un “sentido ilativo”, es decir, uno por el cual rastreamos la verdad y forjamos nuestro asentimiento a ella por múltiples vías, en clave de conversación, en busca de un consenso, relativo y elusivo, que, a su vez, se pondrá a prueba conforme seguimos avanzando.

Desarrollo mi argumento en dos partes muy diferenciadas: la primera, de carácter muy general, y la segunda, centrada en el tema de Cataluña. Propongo ver el momento actual como un drama abierto a varias posibilidades, y afrontarlo desde la perspectiva de una apuesta (digamos, pascaliana) por entender el desorden y ponerle coto, gracias, en buena parte, a la presencia de una comunidad política que se hace consciente y responsable de sí misma – aunque también cabe la apuesta contraria: por el mantenimiento de una cultura del barullo, con el desorden correspondiente, con el que se piensa que se puede “seguir viviendo”.

Constato el sentimiento de inseguridad con el que abordamos este desorden. Acostumbrados (en Europa, y en España) a un relato de (varios) siglos con unos sujetos colectivos, unos nosotros, bajo la forma de estados nación (o sus equivalentes), es lógico que el momento actual nos desconcierte. No tendría sentido negarlo. Es inevitable, y hay que partir de él. Y ello con buenas razones. Porque, aunque algunos observadores superficiales desdeñen los sentimientos de identidad nacional como “emocionalismo”, en realidad se trata de sentimientos confusos, sí, pero no falsos, y muy a tener en cuenta. Quizá sean unas de esas percepciones confusas (como diría

Leibniz) con las que los humanos suelen vivir pensando que *tienen que vivirlas* a falta de otras.

A continuación esbozo, simplemente, un análisis del trasfondo de resiliencia y debilidad inevitables de toda conversación cívica que está asociado a la sensación de relativa fragilidad de toda comunidad política¹. Lo hago aludiendo a nuestra condición de agentes, digamos, “supervivientes transitorios”; que como tales, son portadores de una inseguridad existencial que se hace aún más difícil de manejar en tiempos como los actuales, de ritmo acelerado, y mucho ruido, y relatos y rituales colectivos sólo compartidos a medias.

En la segunda parte desarrollo mi argumento entrando ya en el terreno de la relación entre España y Cataluña. Sugiero que la formación de *un fondo de amistad cívica* reduciría sustancialmente aquella inseguridad existencial. Analizo un caso, un incidente, de puesta en cuestión de la amistad, y elijo ese caso para indicar cómo la negación de la amistad, según cómo la manejemos, puede contribuir a formar, paradójicamente, un espacio amistoso. Y para ello, basándome en mi propia experiencia personal, y decidido a explorar cómo transformar un obstáculo en un punto de apoyo (la “ponderación de la contrariedad” que propone Gracián en el Discurso VIII de su *Agudeza y Arte de Ingenio*), exploro el tema del buen uso que podemos hacer de los “sentimientos de rechazo” y de las “críticas injustas”; por cuanto que esas críticas ponen de relieve una suerte de resistencia de la realidad a los argumentos de unos y de otros, incluidos los nuestros, lo cual testa nuestra capacidad de empatía y, por ende, de aprendizaje.

Finalmente, aludo a dos factores que pueden ya facilitar, ya dificultar, ese aprendizaje. Cabe que lo dificulte el uso y abuso de la tergiversación en el espacio público. Dejando para otra ocasión el análisis del trasfondo sistémico de esa tergiversación (es decir, el sesgo, y grado, de “falsedad” que suele acompañar al funcionamiento habitual de los sistemas económicos y políticos), me refiero a determinados focos de tergiversación, y, más concretamente, al papel de diversos tipos de tergiversadores: un papel contrapuesto al de los “ilustrados benévolos”, o, si se quiere, al de los “ilustrados bienintencionados” leibnizianos. Estos últimos tratarían de aplicar la justicia con prudencia, entendida aquella como una *caritas sapientis* (Riley, 1996; Leibniz, 2011 [1692]); y de contribuir así (en el caso de Leibniz, como filósofo, diplomático, jurista, político, e impulsor de sociedades ilustradas) a un mundo mejor, de paz y de equilibrio, de amor y de conocimientos; en acusado contraste con el mundo caótico de la tergiversación vehemente y permanente.

Y “remato la suerte” (si se me permite la expresión) con un cierto elogio de “lo insólito”: una referencia al ideal (si se quiere, utópico) de la comunidad política como un

¹ Prolongando el tema de la fragilidad de las formas políticas al que me refiero en Pérez-Díaz (2017).

espacio de amistad, apuntando más allá de la simple (y loable) conllevancia (entendida como “dolida convivencia” por Ortega en su discurso sobre el problema catalán de 13 de mayo de 1932); e incluso apuntando más allá de la mera benevolencia e ilustración: esbozando un camino de la “amistad de interés” a la “amistad verdadera”. Lo insólito sería un impulso emocional y moral afín al respeto y la admiración por lo diferente, a la cultura del elogio, a la magnanimidad: virtudes todas que pueden parecer, en nuestros tiempos, tan avanzados y supuestamente tan realistas, un tanto anacrónicas. (¿Casi tanto como las de Don Quijote?).

En todo caso, entiendo que mi alusión al ideal de la amistad política, pieza clave del argumento, requiere desarrollo, y espero intentarlo más *in extenso* en otro lugar. Y asimismo, que mis referencias, aquí ocasionales, a pensadores del siglo XVII, aquel extraordinario siglo en claroscuro, como Leibniz, Gracián o Pascal, a su percepción graduada, a su apelación al ingenio, a su sensibilidad para la contradicción y a su sentido de la apuesta, son una forma de reafirmar el anclaje de las ciencias humanas de hoy en una tradición previa de filosofía y humanidades. Son, también, una forma de invocar un ideal, el de la comunidad política como un espacio de amistad, y, al mismo tiempo, de subrayar la necesidad de un análisis lo más realista posible de la complejidad de los agentes y de la variedad de las circunstancias.

Creo que ello es más preciso que nunca en estos tiempos de grandes turbulencias. Y turbulentos son los tiempos en los que estamos y más aún en los que estaremos: pandemia, tensiones geopolíticas, crisis económicas mediante. Con el consuelo de que ahora no tenemos las guerras civiles europeas de tantos siglos anteriores. De cuya incivildad, precisamente, tanto nos queda aún por aprender.

1. LA APUESTA POR UNA COMUNIDAD POLÍTICA

1.1. Momento desconcertante

Obviamente España no es el único país europeo sometido hoy a un agravamiento de sus tensiones internas. De hecho, comparte con otros muchos una situación lábil y un futuro incierto, a los que se pueden aplicar las palabras que un amigo politólogo y economista, Michele Salvati, dedica a Italia: “*tutto è ancora in mente Dei*” (2020). Lo que significa, entre otras cosas, que estamos ante un drama abierto, en el que unos pocos años son un tiempo muy dilatado en el que “puede ocurrir de todo”. Uno, tres, cinco años de un *modus vivendi* en la provisionalidad – u ocho años, como sugiere otro político y académico, observador muy próximo, esta vez, de los acontecimientos catalanes, Andreu Mas-Colell (2019)². ¿O quizá treinta?

² La perspectiva política de Salvati es la de un liberal de *sinistra*; la de Mas-Colell, la de un catalanista soberanista que centra su atención en la autodeterminación; la mía se acerca a la de un europeísta que centraría su atención en la amistad cívica.

Por otra parte, esta situación de provisionalidad ofrece una *oportunidad* para ampliar y complicar el terreno del juego político. Las partidas habituales son, y seguirán siendo, de fundamental importancia: las relativas a declaraciones, reuniones de cumbres, elecciones, actuaciones económicas, derechos humanos, grandes relatos, diplomacia, propaganda mediática; y sin eludir la cuestión, básica, del mantenimiento de la ley y el orden, que excluiría el recurso a la violencia física. Pero lo que propongo aquí es que, sin descuidar aquellas partidas, nos centremos en jugar, y ganar, *otra partida*, la del control de los sentimientos de rechazo entre los contendientes, que es crucial para una gran estrategia a medio y largo plazo con la mirada puesta en la construcción europea.

Hay que situar la partida en cuestión en su contexto, teniendo en cuenta que el contexto en parte continúa y en parte cambia; y puede cambiar mucho. Por lo pronto, estamos en un momento de agitación local intensa, en el que cada instante parece tener una urgencia extraña, que puede agravarse, o simplemente convertirse en una suerte de rutina melodramática. Por ejemplo, justo en *la última semana de febrero de 2020* en la que comienzo a escribir estas líneas³, un gobierno español socialista y populista de izquierda inicia unas actuaciones etiquetadas de manera ambigua como negociaciones y conversaciones, con un gobierno regional catalán de nacionalistas separatistas, el cual pone como condición de la conversación/negociación el reconocimiento de una relación de igual a igual con el Estado español (cuestionando la soberanía del pueblo español, que, se supone, era/es la piedra angular del sistema constitucional vigente), así como lo que considera el derecho de Cataluña a la autodeterminación (que la Constitución no reconoce) y la amnistía de los dirigentes políticos responsables/irresponsables de un referéndum ilegal de autodeterminación. Esa escena coronaría una secuencia de agitación política *in crescendo* de una década, en el curso de la cual lo que era cerca de un 30 % de catalanes partidarios de la independencia se ha convertido en torno a un 45 %⁴.

Mientras tanto, la economía sigue un rumbo errático y la insatisfacción general de la sociedad con los políticos aumenta, y el debate del problema catalán en el espacio público se hace cada vez más vehemente, complicado e impredecible. Al mismo tiempo, el lenguaje usado por unos y por otros juega continuamente con el equívoco: según para quién, la autodeterminación es y no es una consulta, el orden constitucional es y no es la seguridad jurídica, la *performance* en las urnas y en el recinto parlamentario son y no son actuaciones políticas, y podrían ser algo análogo a una ensoñación, y la amnistía podría ser un permiso penitenciario interpretado con laxitud, etcétera.

³ La primera versión fue escrita entre febrero y marzo, la última, en medio del verano.

⁴ Sobre la evolución de la opinión y del electorado catalán en estos años ver Rodríguez (2017), y Oller, Satorra y Tobeña (2019).

Parece que el conjunto del país se ha ido instalando así en una “cultura del barullo”, de la borrosidad, en la que las palabras no es ya que tengan referencias complejas, sino que son equívocas, las noticias ciertas y falsas se confunden, las invectivas son cada vez más frecuentes, aunque, según el contexto, pueden tomarse más o menos en serio, y las expectativas de todos suenan cada vez más inciertas. Y a veces parece que todo se agita pero casi nada se mueve, los presupuestos se prolongan, el estilo de gobernanza se desliza hacia, digamos, la “manera belga” del “gobierno provisional en permanencia”⁵, a la espera de compensar el suspense del público con los efectos dramáticos de los grandes titulares del coronavirus, la calima sahariana, un tsunami asiático, la ceremonia del *impeachment* y la campaña presidencial americana, y esta o aquella guerra, amén del tam-tam de la globalización y de la llamada del futuro.

Pero si dejamos pasar simplemente un mes, y nos situamos en el momento en el que *hago una primera revisión* de estas líneas, *en la primera semana de abril del 2020*, el mundo ha girado de repente sobre su eje y parece irreconocible. La pandemia del coronavirus ha creado un pandemónium: literalmente, la capital imaginaria de un mundo infernal. Donde el tema que absorbe casi toda la atención del público no es ya la independencia sino la supervivencia. Y sin embargo..., el problema catalán continúa estando ahí, y lo seguirá estando, conectado con nuevos problemas: sanitario, económico, de debate público; y activando sentimientos de comunidad o de hostilidad o de anarquía o de confianza o de impotencia. Por no hablar de que en el verano en curso se menciona una crisis “constitucional o constituyente”, con o sin una puesta en cuestión de la monarquía: un hito más en una cadena de sobresaltos.

Una apuesta (pascaliana) por “poner un poco de orden”

Contra ese telón de fondo, complejo y cambiante, se le plantea al observador que haga suyo el papel de un observador participante, la posibilidad de “hacer algo” para entender y poner orden, por lo pronto, en el problema catalán. Y al llegar a este punto podemos hacer las apuestas. Podemos apostar que esta situación de “provisionalidad embarullada” se mantendrá unos años; o que se despejará en un plazo muy breve, en un sentido u otro. Por mi parte, y al escribir este ensayo, apuesto por interpretar los indicios que apuntan en la dirección de un mantenimiento del barullo durante algunos años.

Apuesta hecha en clave, digamos, pascaliana (Pascal, 1950 [1659-1661]: fragmento 233). Porque si pierdo la apuesta, y el problema se resuelve relativamente

⁵ En Bélgica, entre el 10 de junio de 2007 y el 26 de mayo de 2019 (unos doce años) hubo 1.163 días de gobierno en funciones; en España, entre el 20 de noviembre de 2011 y el 7 de enero de 2020 (unos ocho años) ha habido 405 días de gobierno en funciones.

pronto, y a la satisfacción de la gran mayoría (como ocurrió con la transición democrática española, por ejemplo), bendita sea la pérdida (y rectificaré mi diagnóstico con gusto). Pero que ocurra así me parece improbable, dado el carácter de los protagonistas políticos, los sesgos de las elites y el desconcierto del público; y dado que, el que fuera factor sociocultural clave de la transición, el “consenso entre las dos Españas”, parece que no se aplica.

Pero si gano la apuesta por poner ese “poco de orden”, por un tiempo, en este caso, cabe albergar la esperanza de que, entre todos, aprovechemos este tiempo provisional para hacer las cosas un poco o un bastante mejor, de una forma u otra. Lo cual sugiere un abanico de al menos cuatro posibilidades.

Primero, seguir haciendo las cosas de una forma mediocre pero llevadera. Porque, por ejemplo, los políticos y sus *establishments* correspondientes se acostumbran a convivir entre sí, con su dosis de compromiso cotidiano y de barullo bajo control; y vayan descubriendo dos cosas: que no son tan poderosos porque el mundo va casi solo, pero que pueden ahorrarse la sensación de impotencia fingiendo que lo controlan.

O, segundo, de una forma mediocre pero más bien agitada. Porque les tiene demasiado la caída en el cainismo, y vuelvan (incluso casi como sin darse cuenta) a las viejas rutinas belicosas de las izquierdas y los centros y las derechas, de arriba y abajo, de dos siglos. Y vuelva el eco de los varios franquismos acomodaticios y bien atentos a agarrarse a los resortes y las minucias del poder, bajo sus aires altisonantes de unidad patria. Y vuelva el eco de las tergiversaciones del caciquismo y el clientelismo y el chanchullo de tantas variantes del liberalismo conservador y del radicalismo populista de ocasión, salpicados de raptos (sobreactuados) de indignación, y llamadas a perseguir los convenientes chivos expiatorios. Todo ello acompañado de la consiguiente degradación de la conversación cívica.

Bien, tercera posibilidad, de una forma, digamos, más potente. Que, por una parte, puede ser funesta (como la de Ícaro, quemándose las alas), si se da en el escenario imaginario de un gran teatro del mundo en el que desplegar una estrategia beligerante de conquistas y proyectos heroicos y delirios de grandeza. Pero que, por otra parte, puede ser positiva (como la de Dédalo, en contraste con Ícaro: Pérez-Díaz, 2020), si se da en una clave pacífica, animosa y sensata.

Porque en este caso se abre la cuarta opción: la de apostar por dar un testimonio inspirado por la posibilidad de, y el impulso normativo hacia, una comunidad política entendida como *un espacio de amistad cívica*. Por qué no un intento, y al menos un testimonio. Al fin y al cabo, como recuerda Salvati, mantener la *vox clamantis in deserto* sólo requiere un poco de testarudez, coraje y paciencia. A lo que añadir un toque de ingenio, al modo sugerido por Baltasar Gracián, como “ponde-

ración de las contrariedades” (1993 [1642]) – que permita discernir, en el obstáculo, un punto de apoyo.

Pero si en el obstáculo mismo buscamos un apoyo, es, en buena parte, porque no contamos con un sólido punto de apoyo en nosotros mismos. Y esto me lleva a dar un rodeo, muy sucinto, en torno al tema general de lo que cabe llamar nuestra inseguridad existencial básica.

1.2. Un trasfondo de supervivientes transitorios, inquietos por durar

En la época moderna vivimos invadidos de noticias, y sin saber cómo contener esa invasión. Para Hegel, la “lectura de los periódicos” venía a ser la “*oración* matinal del hombre moderno”, la cual le situaba en el mundo, a cada momento, en su continuo proceso de cambio. Pero tal vez debiéramos reconsiderar esa lectura (y la exposición a otros medios de comunicación) como “la *alucinación* cotidiana (mañana, tarde y noche) del hombre moderno”. Que ya no sabe a quién rezar y sigue sin entender lo que le ocurre; y a quién apelar a la razón de la historia y las leyes de la dialéctica, sirve de poco. Porque, como Santayana sugería (1998 [1911]), la dialéctica hegeliana puede ser vista como el sucedáneo de una historia tragicómica de la experiencia humana, la cual nos ofrece, no una lectura inteligible de la razón en la historia, sino un enigma continuo, lleno de sorpresas. Sorpresas inevitables; sucesos entre imprevistos e inesperados.

Pero el error de Hegel no era solo el de atribuir una estructura racional al sucederse de los acontecimientos, sino que se extendía al significado de la experiencia misma de la lectura del periódico. La cual, de hacer patente algo, es la mezcla de su razón y su sinrazón. La sinrazón de imaginar que la recepción más bien pasiva de una combinación, por un lado, de “hechos” ajustados a los marcos interpretativos (con frecuencia banales y manipulativos) de la prensa del momento, y, por otro, de las “exhortaciones” de los líderes y los intelectuales de turno, encaramados a sus púlpitos y revestidos de sus ornamentos seculares (exhortaciones que pueden considerarse como un simulacro de oraciones) pueden suponer un paso adelante de la razón en la historia.

En busca de un “nosotros”

Una verdadera oración exige, sin embargo, como se sabe, y se practica, desde los tiempos axiales, un *relaxed field* (Bellah, 2011): un espacio donde desarrollar, con cierta calma, una reflexión y un impulso moral *sui generis*, un diálogo interior y un diálogo con el entorno y con alguna forma de realidades últimas. Todo lo cual, a su vez, requiere un silencio, un saber escuchar, y una distancia del ruido y los afanes del debate público y el medio de comunicación de turno.

Es en la experiencia de esa lectura/oración/diálogo donde intentamos aplicar, como podemos, a la historia humana, contingente y sorprendente, de las noticias, un marco interpretativo más o menos razonable. Lo aplicamos combinando reflexión y observación, con el detalle de innumerables fragmentos de verdades (científicas o de sentido común) contrastadas o (más aún) por contrastar, y todo ello (de manera más o menos consciente) en el contexto de alguna narrativa mitopoética relativa al relato histórico y la vivencia de realidades últimas, cuya raíz religiosa, aún bien visible, ha sido sometida, a lo largo de algunos siglos recientes, a un proceso, sólo logrado a medias, de simplificación y secularización.

Probablemente hacemos hoy ese intento porque estamos empeñados en situarnos en un proceso de “totalización”⁶ del que seríamos, o querríamos sentirnos, parte. Lo intentamos, siendo, o imaginándonos ser, parte de un *nosotros*, una comunidad que parezca sernos, en grado suficiente, abarcable, accesible, comprensible. Comunidades de creyentes o incrédulos; muy modernos, muy de esta época, o no tanto; de derechas, de centros o de izquierdas; de una tribu u otra.

Pero, además, y desde hace ya algunos siglos, en varias partes del mundo, nos enredamos con el nosotros de las comunidades políticas, o estados nación. Lo hacemos empeñados en buscar y encontrar en ellas un nosotros del que formar parte y con el que estar vinculados, y que nos proporcione los nombres, nuestros y de las cosas, junto con un modo de manejar el tiempo, y vislumbrar un origen y un futuro; y un modo de sentir el paisaje, permanente, nosotros, meros transeúntes, meros supervivientes transitorios.

Como si con estas heurísticas simples (un mundo ordenado por “naciones”) pero cargadas de connotaciones tan profundas como confusas, aparentemente fáciles de entender y dadas por supuestas, el todo (y nuestra ubicación en ese todo) se nos hiciera inteligible y accesible (¿a nuestra comprensión? ¿a nuestra influencia?). Y de ese modo se nos diera una presencia, y, sobre todo, un potencial de agencia: de agencia personal y de agencia colectiva. Capaces de tomar decisiones propias; capaces de hacerse respetar; capaces de hacer cosas: en definitiva, dotados de una dirección y un sentido. A ese sentido es a lo que aluden, continuamente, inevitablemente, los *simbolismos* de nación, o de país, o de patria, o de madre patria o de madre tierra (a la rusa...), o de hogar y tierra.

Ocurre así que, en medio del ruido cotidiano abrumador del espacio público, con su retahíla de sucesos-noticias, se da, a veces, un momento de silencio para descubrir ese sentido del nosotros. Es cierto que ese descubrimiento puede ser des-

⁶ Por usar, fuera de su contexto, los términos de Lukacs (1960 [1923]), con los que quería resaltar el sentido (y la dirección) del proceso revolucionario para sus protagonistas como observadores y partícipes del mismo.

deñado por los intelectuales supuestamente racionalistas de la época como expresión de “emocionalismo”. Pero puede ser percibido, también, como un momento de emotividad intensa y como una suerte de milagro por muchas gentes del común y por no pocos “ilustrados benévolos”; que lo vean desde una actitud, más positiva, de gratitud y de interrogación.

Gratitud, justamente, porque, tal vez, ese momento, ese silencio singular, sitúa a las gentes en el contexto de unas relaciones que, incluso si parecen a primera vista un poco extrañas, pueden ayudarles a construir o reconstruir un relato que necesitan. Me refiero a tres tipos de relaciones: con los poderosos; con los nuestros; y con (percepciones confusas de) sujetos trascendentes, y con frecuencia esquivos.

Primero, les coloca a cierta distancia del poder, de unos poderosos con los que resulta cada vez más difícil identificarse. Las elites, con la modernidad, se autoafirman; son otro mundo, y pretenden asegurarse el control de las cosas. Pero esa autoafirmación tiene su reverso. Ahora, en todo caso, tienen que jugar un papel de líderes que, por muy carismáticos que traten de ser, y de guiar y cuidar de su público, deben responder ante ellos antes o después. Los reyes absolutos (Luis XIV, Federico II, y/o sus sucesores, y tantos otros) tienen que aprender a jugar el doble juego de “el estado soy yo” y “yo soy el primer servidor del estado”. Y cuando son sustituidos por los parlamentarios de turno, estos elegidos del electorado (y sus maquinarias partidistas y clientelistas), por muy remotos que intenten llegar a ser, vuelven al (mismo) doble juego, y tienen que acabar rindiendo (las mismas) cuentas.

Segundo, ese mismo momento permite recuperar la conexión de las gentes con “muchos” a quienes reconocer como compañeros de viaje en un camino de experiencias con frecuencia desconcertantes: como pueblo, sociedad, masas, clases, gentes... Serán “el pueblo en armas”, o “la unión sagrada”, o “juntos en momentos de crisis” (una guerra, una recesión, una pandemia), o “un país capaz de grandes hazañas”, o “un país que ha sufrido mucho y sobrevivido a sus infortunios”. Serán eso... o tendrán el sentimiento de “no ser”.

Y tercero, nos sitúa, en definitiva, en una situación de relación extraña, como de personajes en busca de un autor. A la búsqueda de un relato, con su lenguaje mítico-poético correspondiente, el cual no suele ser el que sugiere el relato moderno de la secularización, sino otro más complejo.

Dando un paso más por esta senda (que creo necesaria para hacer justicia a la profundidad y la importancia de un tema que no es asunto meramente “de pactos y compromisos pragmáticos, y leyes y declaraciones”), diría, tentativamente, que se trata de un lenguaje y un relato con el que referirnos a los sentimientos de *implicación en*, y *pertenencia a*, y *relación con*, entes o entidades extraordinarias, preternaturales o sobrenaturales; misteriosas pero inevitables; y centrales en toda o casi toda

la experiencia social y política de la que hemos tenido y seguimos teniendo constancia. Relaciones con entes que parecen como moradores en el tiempo y más allá del tiempo; en un paisaje próximo, y en un recuerdo lejano, y en un futuro indefinido. Entes a los que podemos llamar comunidad política o proyecto histórico o patrias o naciones o países o civilización u occidente o aldea global o humanidad. Siempre con connotaciones religiosas o criptorreligiosas.

Conviene reconocer que, a pesar de todos esos nombres, las gentes siguen, seguimos, sin acabar de identificar con claridad tales entes, como si sólo pudieran ser entrevistados, mencionados, evocados, adivinados, interrogados. Ellos, con nosotros. Como si ellos no fueran concebibles sin nosotros, y nosotros, sin ellos. Como si ellos estuvieran más allá del tiempo presente: en el pasado, en el futuro, en simbolismos enigmáticos. Nosotros, los individuos del aquí y el ahora, con nuestro bagaje a costas de supervivientes transitorios, y, por tanto, a costas con la nostalgia de *quedar*: un quedar agarrado a la realidad, por la que nos deslizamos. Con la nostalgia de escuchar y mirar, y de que nos escuchen y nos miren, siempre. Desde nuestro estar-ahí, quedar-ahí.

Por eso necesitamos (y en el fondo, agradecemos) ese silencio, ese paréntesis en el ruido continuo, para escuchar y mirar lo que hay: que es lo que ya-está-ahí porque ya está hecho, y hecho por otros. No para ser inventado, sino encontrado. Lo que incluye a lo extraordinario, lo divino, los dioses. En realidad, más encontrados, a través de testimonios, que inventados: encontrados al modo politeísta, egipcio o romano, veterotestamentario o cristiano, budista o musulmán. En un diálogo a medias, al tiempo diálogo interior, diálogo de múltiples voces, polifonía. Por lo que todo está-ahí, y todo está cerca y conectado. Dioses y hombres y cielo y tierra (el *Geviert*, la cuadratura clásica de Heidegger 1975 [1951]). Y está-ahí en, y a través de, nuestros encuentros con mares y montañas y tierras de labor y bosques; y con otros humanos, semejantes y distintos; y con sus símbolos. Y, justamente por ello, encuentros con las patrias, paisajes de padres, y con las madres-patrias, paisajes de madres, y con las naciones, paisajes de nacidos y de los por nacer, de las generaciones siguientes guardianes de nuestra memoria. Y con los dioses protectores y en su compañía, silentes y ausentes. Que se hacen presentes, O presentes como ausentes: porque se les echa de menos, se les evoca, se les reprocha, se les teme, se les interroga, se atiende a su silencio. Tales reproches y preguntas no son cosa de intereses y de ideas, de datos y de cálculos; sino cosa de vivencias y percepciones, y pensamientos combinados con emociones súbitas y sentimientos prolongados. Sentimientos de que *con ellos* quedamos, y *sin ellos* carecemos, y cada “nosotros” carece, de asidero.

Es en ese estar-ahí donde se da el encuentro de nosotros, supervivientes transitorios, con situaciones, o complejos de relaciones entre seres y cosas, que parecen irse y volver, y que parecen quedarse, o poder durar; de lo cual los ruidos y los susurros, y las astucias tacticistas de la política no son sino epifenómenos. Ecos de

las cosas; experiencias inquietas de la resistencia/realidad de las cosas por parte de unas gentes que intentan durar, y quedarse. Ancladas en la necesidad de aferrarse a, y expresarse a través de, una comunidad política que permanece. A la búsqueda de una comunidad política que calma, o parece que calma, esa inquietud: un nosotros en medio del desorden (local, europeo y/o mundial).

Aumento de la inseguridad en tiempos de crisis

Y con esto, aterrizamos en el aquí y ahora, y volvemos al tema inicial. Y a las situaciones históricas determinadas entre las que se encuentra, vista de lejos casi como una anécdota, y vista de cerca como un asunto existencial primordial, la situación compleja y cambiante del alboroto en la escena europea y del caos español provocado por el problema catalán (y dejando por el momento aparte la aportación al caos que suponga la pandemia, y otros incidentes, en curso).

En estas circunstancias, nos proporcionan aquellos simbolismos de la comunidad política una mera percepción confusa, ¿o nos dan un sentido? Quizá, sobre todo, lo primero, la percepción confusa, cuando... Y aquí podemos introducir varios escenarios (muy actuales) de la pérdida de sentido que se da, por ejemplo, cuando nos encontramos con una historia anterior que apenas se comprende; rumbo a un futuro que nos fascina pero se desconoce; el manejo de una economía que nunca acaba de ordenarse; o una política que casi tranquiliza cuando funciona a medias, porque cuando despliega su intensidad (y se empeña en subrayar su carácter teleocrático, su puesta al servicio de un proyecto: Oakeshott, 2000 [1975]) puede ocurrir que sea funesta. Y en general, cuando, en definitiva, y en todos esos terrenos de actividades humanas, nos encontramos con un espacio público en el que un estamento superior perora y una masa de la sociedad murmura, de tal modo que la voz de esa sociedad, a pesar de ser probablemente muchas veces razonable, rara vez se deja oír. En tales circunstancias, toda conversación cívica no puede ser sino frágil, y esta fragilidad, poco menos que inherente a nuestra condición.

Creo que alguna variante de esta *humildad* básica, antropológica, anclada en la conciencia de la fragilidad de nuestros debates públicos, puede ayudarnos a encarar este momento histórico de incertidumbre. Ayudarnos a ir tanteando el terreno de la política y las políticas públicas sin ser demasiado dogmáticos, ni ofuscarnos tanto como para no ver, por ejemplo, lo que está ocurriendo, no con su “razón de la historia” sino con sus razones más modestas.

Por lo pronto, las modestas razones de una Europa setenta años todavía haciéndose, y lo que le queda. Y ahora, una Europa pos-Brexit, que finge que, libre al fin, está a punto de coger el tren dispuesta a salir para una próxima estación, y sospecha que no están colocados los rieles; y que no sabe, por tanto, si ver su futuro con buen ánimo o en estado de queja continua. Quizá porque echa de menos un pasado que se ha dejado olvidado en alguna parte.

Y, yendo a algo más lejano, las razones dudosas de un conjunto de Occidente atento a las de una *America, first* (el *leitmotiv* del presidente Trump), que se postula como faro del mundo, estimulando a todos a luchar y triunfar “para ser todos los primeros de todos” – estimulante enigma. Porque según él, hay que ser el primero de hoy, y más que del hoy, del mañana, y del más allá y más allá. Y en el camino, quizá perdiendo el rumbo, y el decoro. Siempre a vueltas de un debate público sobre cómo elegir entre males mayores y menores.

Y, mirando a lo próximo, con esta España de cuarenta años de transición y consolidación y vida democrática, y tantas veces “puesta a prueba”, y sin acabar de pasar la prueba (Pérez-Díaz, 1996). Abocando ahora, incluso, con un amago de retorno a una variante de los perturbados años treinta del siglo pasado. Donde parecería rondar la sombra del agujero negro de las consabidas y siempre falseadas dos Españas, y antes, de las agitaciones de dos o tres siglos, con la invasión por un imperio ajeno (tan ilustrado) y la pérdida de un imperio propio (tan melancólico), y antes, del hacerse en la conquista, y la reconquista a ritmo lentísimo; y todo ello con el contrapunto de tantas experiencias luminosas y, sin embargo, con una memoria tan diluida de ellas.

Y ahora en todas partes con los populismos del momento protestando; y las oligarquías activas y entretenidas, pero sin perder el norte; y las clases medias y trabajadoras viviendo al día. Y los espíritus inquietos y brillantes, todo el tiempo innovando y aprendiendo a aprender lo que tendrán que olvidar casi sobre la marcha para aprender otra cosa. Y con buena parte de la industria de la cultura (como suele llamarse) anticipando el eterno momento, triunfal y terrible, del borrado último del contenido del ordenador de turno⁷, como el de la escena de los caídos de las Torres Gemelas de Nueva York, caídos de uno en uno, desconectados unos de otros, y a quienes se les ofrecerá el homenaje extraño de un hoyo más profundo y un rascacielos más alto. Como si aparentemente se quisiera dejar a los humanos sin el consuelo de la resurrección, como hubiera podido recordarnos Soloviev (1900: 140).

Pero es hora de volver más en concreto a *nuestro aquí y ahora*, y afinar la apuesta atendiendo a las oportunidades y los riesgos: a las oportunidades de las críticas, y a los peligros de la tergiversación; centrándome en el problema catalán, y aportando un testimonio personal.

2. LA BÚSQUDA REALISTA DE UN ESPACIO DE AMISTAD: EL EJEMPLO CATALÁN

En estos tiempos del coronavirus, de riesgo máximo y de ignorancia suma, la pandemia se combina con una situación económica límite; y mientras el virus y la

⁷ El equivalente a un *delete* final, la supresión final del texto en el archivo.

crisis cuestionan nuestra supervivencia, el debate político, tosco y crispado, genera desconfianza, y sus efectos en la vida social y afectiva son percibidas confusamente. Todo contribuye a aumentar la sensación de desconcierto, estar en un laberinto y asistir, casi inmóviles, a un baile de sombras que giran en torno nuestro, en un clima de prisa, incredulidad y pasmo.

Pero, por otra parte, estar en un laberinto y casi sin movernos puede tener su lado positivo. Séneca decía que “a los que corren en un laberinto su propia velocidad les confunde” (*Carta XXXVII a Lucilio*). Ergo, hagamos una apuesta: aprovechemos estar parados y perplejos para razonar y no para correr, obedeciendo las órdenes de mando de noticias y consignas repetidas *ad nauseam*. Evitemos la trampa de creer que el mundo de las incertidumbres se aclara cuando de su oscuridad se culpa al enemigo político de turno, y usemos de la circunstancia para razonar en clave de conversación, acotando el tema, centrando la atención, convirtiendo la dificultad en oportunidad y aportando nuestra propia experiencia. Y justamente un ejemplo de estos problemas sobre los que razonar juntos, aquí y ahora, es el problema catalán.

2.1. Una experiencia de nostalgias, desencuentros y aprendizajes

Nostalgias de medio siglo

Soy un respetuoso admirador de las muchas virtudes catalanas. De una Cataluña que inspira profunda confianza y se puede ofrecer como guía (parcial, pero ¿quién puede aspirar a más?) para quienes andan perplejos. Una Cataluña que es referencia de capacidad de negocio y de negociación, disfrute con lo cotidiano y visión a largo plazo, pragmatismo y sentimiento, detalle *belle époque* y gran diseño, viajando muy lejos y apegada a la tierra. Una Cataluña, en buena medida, casi prototipo de sociedad civil “civil” (y no “incivil”), al menos en su sentido restringido de mercados y tejido asociativo.

Cataluña, tan probada, y con tan duras pruebas, por una historia milenaria. Lograda, con cierta frecuencia. Tan capaz de jugar la carta de quedarse aparte, y la de ofrecer un trato. Tanto que aprender de todos, y todos de ella: tanto más una España necesitada de la mejor Cataluña, devota que fuera de la libertad y la grandeza de ambas, y, si fuera posible, en el mejor sentido del término, de grandeza sin vanagloria.

Recuerdo mi primer encuentro con Cataluña, en los años cincuenta y sesenta. Descubrimiento de Barcelona, paseos por las Ramblas, sol, mar, hospitalaria. Gentes atentas a sus cosas, independientes, capaces, fiables. Leyendo *Els altres catalans*

de Francesc Candel (1964); mientras estudiaba la emigración del campo a la ciudad vista como clave de la transformación del sistema autoritario burocrático, franquista bonapartista español, a través de una mutación de los campesinos. Que no eran el “saco de patatas” que creía (sin fundamento) el Marx del *18 Brumario*, sino un conjunto de gentes (las que yo iba conociendo, castellanas, leonesas, navarras, extremeñas, andaluzas, por mi trabajo de campo) con mucha mayor capacidad de agencia. Para ser sedentarios, o para ser nómadas. Con sentido de su propia honra; y horizontes abiertos a golpe de esfuerzo, sin lamentos ni aspavientos. Que se iban convirtiendo en parte, quizá sustancial, de una clase obrera portadora de promesas difusas.

En los años sesenta y los siguientes, el horizonte es incierto, pero no tanto: porque hay una lógica de la situación, bastante obvia, que marca la senda de Europa (democracia, mercado, tejido asociativo plural), de la que España, a esas alturas, no puede, no sabe, no quiere, no imagina siquiera desviarse. En lo que me concierne, en la primera mitad de los setenta estoy en los Estados Unidos, otro mundo, y la vuelta a España me sumerge en la Transición, la teoría y experiencia de la sociedad civil, ligada a la emergencia de esa España democrática. Y es entonces cuando Cataluña parece, más que nunca, crucial.

Crucial no para sí, sino para todos. Es lo que se corresponde con un “momento Tarradellas” que algunos entendimos hubiera podido fusionarse con un “momento Roca” (en torno a 1984: de Miquel Roca uno de los llamados padres de la Constitución, de 1978) cuando el segmento catalán ansioso siempre por “conquistar España”, a la Jaime I (el Conquistador...), amaga con dar el paso de liderar (a medias, a distancia, pero de un modo que parecía muy creíble) un Partido Reformista a escala española. Parecía el momento propicio para una reunión de “ilustrados benévolos”, suficientemente realistas como para acompañar y semipersuadir a unas masas llenas de buen sentido hacia... ¿Hacia la tierra prometida de un algo más que la mera conllevancia? ¿Hacia una noble tarea y una noble conquista, ligadas a un proyecto de modernización complejo y ambicioso, ilustrado y benévolo?

Pero este momento, a última hora, es testigo de un desistimiento, un echarse atrás, y lo que parecía una decisión existencial de coprotagonizar España, con un rumbo aún por precisar, se acaba convirtiendo en lo contrario, en una decisión por alejarse de ella. (Lo que implica, por lo demás, un lógico desconcierto en un mundo empresarial acostumbrado a una expansión continua de su influencia en España, vista como posible y deseable desde tiempo inmemorial, y casi siempre con el apoyo, tácito o explícito, de los políticos nacionalistas.)

Y he aquí que, como de repente, tres, cuatro, décadas después, a comienzos del nuevo siglo, un golpe de timón, una oleada, un viento y... ¿las cosas cambian? ¿todo es puesto en cuestión? ¿casi radicalmente? ¿como si bastara una combinación de tacticismos partidistas para mostrar que todo lo anterior había sido una ensoñación?

Desencuentros recientes

La verdad es la realidad descubierta (*aletheia*) que surge cuando se rasga el velo que habitualmente la oculta. A veces se rasga con un encuentro, y a veces, con un desencuentro.

Para hacer una historia larga, corta, me encuentro en Barcelona en julio de 2012, tras algunos años de crisis económica y de debate estatutario, y con el trasfondo de una clase política con escasa autoridad moral y un tanto de ansiedad sobrada. Hablando ante un público catalán no cabe más ilustrado ni benévolo. En un lugar más que propicio al diálogo entre posiciones bastante encontradas, con una cautela de respeto por las costumbres del *establishment* en sus diferentes formas, manteniendo las desviaciones dentro de un cierto orden, con una retórica oscilante entre semitransgresora y más bien moderada. Las buenas formas de gentes con un agudo sentido de la oportunidad, y del bien entendido interés, e incluso, al final, la claridad del desacuerdo cuando las cosas son las que son. Puertas abiertas.

Por mi parte, creo estar en un terreno familiar. Con una historia de estancias docentes, tratos profesionales continuos, amistades genuinas, viajes frecuentes, conversaciones confiadas.

Y presento un texto que, entiendo, es de datos contrastables y de conclusiones razonadas y de interpretación abierta, como parte de una tradición de investigación académica de varios años. El texto viene a subrayar la complejidad, incluso la ambigüedad, de la sociedad española y la catalana sobre el tema del ajuste de Cataluña en España, y subraya un potencial de moderación y compromiso en lo que se refiere a las disposiciones y los sentimientos de los ciudadanos corrientes. Identidades complejas (que muchos políticos simplifican), argumentos matizados sobre la sustancia de las políticas económicas y sociales (que muchos políticos distorsionan) y actitudes (muy) favorables a guardar las formas civiles del debate (que muchos políticos ignoran).

Todo lo cual yo imaginaba que nos preparaba para un diálogo sereno entre posiciones encontradas, acotando contradicciones, posibilitando compromisos, rebosante de comprensiones mutuas. Ilustración y benevolencia a la manera de hombres de letras de fines del XVII y comienzos del XVIII, atentos al horizonte del mejor de los mundos, quizá a que si las cosas no son como deben, están a punto de serlo. Quizá con excesiva ingenuidad. Aunque, si se me permite la expresión, ¡gracias a Dios!, recibí una lección de realismo sobre la marcha.

Porque he aquí que me encuentro con tres críticas que me cogen de improviso y me suenan a tres rechazos frontales, radicales, del diálogo, y en cierto modo de la interlocución.

Muy sucintamente. Tuve tres comentaristas de mi intervención. El resumen de lo que me dijeron, o yo entendí que me dijeron, es este. El primero afirmó que los datos de encuesta que presentaba no eran correctos, a la vista de otros datos que los contradecían. El segundo, que, aunque esos datos de encuesta fuesen ciertos, eran de un interés muy secundario, porque lo importante para la política no estaba en las respuestas a las encuestas sino en las movilizaciones en las calles. El tercero que, aunque los datos fuesen ciertos y mis comentarios razonables, unos y otros eran, en último término, irrelevantes por inoportunos: porque el tiempo del diálogo había pasado.

Así pues, mi presentación era irrelevante, ergo, debía pensar, mi presencia lo era, y la invitación que se me había hecho era un malentendido, o quizá, por mi parte, una ensoñación.

Confieso que me sentí ligeramente incómodo. Quizá esperaba otra cosa de lo que entendía de manera anacrónica, casi homérica, como las reglas de la hospitalidad mediterránea. Cosas de recuerdos de la infancia, como diría el Antonio Machado (*Proverbios y Cantares, XVIII*) del “¡ah, cuando yo era niño soñaba con los héroes de la Iliada!” Con héroes que eran rivales, pero compañeros de armas. Cosas de infancia, que se deja llevar de una imaginación que abre un abanico de posibilidades (Gopnik, 2009), y de sueños. Cosas con su punto de ingenuidad, y su punto de sabiduría de poetas.

Pero lo cierto es que, con el tiempo, madurando, y con un poco más de reflexión, he cambiado, y mucho, de actitud. Entiéndase: no me desdigo del énfasis en el diálogo y en la complejidad. Menos aún renuncio a la infancia o a la poesía. Pero me temo que no bastan. Porque debo reconocer que aquellas tres críticas me han resultado muy instructivas. Y las agradezco en mucho, por enseñarme cosas que no habría aprendido sin ellas.

Críticas percibidas en el momento como injustas porque no atendían lo suficiente, a mi juicio, a lo que les estaba diciendo, ni a lo que quería decir, la intención de mis palabras, ni a su contenido; pero que ampliaban el contexto y el recorrido de la discusión, y tenían, por tanto, un componente emocional y racional, del que aprender. Es “la ventaja de las críticas injustas”: que pueden sernos útiles y, siendo injustas, no serlo tanto.

Aprendizajes posibles

Podemos aprovechar las críticas para iniciar un camino de aprendizaje, que, por ponerle nombres, llamaré el de los objetos de análisis, los rechazos ambiguos, los malentendidos mutuos y las realidades fluidas, y los motivos de cautela y esperanza.

Un primer aprendizaje es el de que, si no llegamos a ser compañeros de diálogo con los otros, porque nos falla la empatía precisa para comprender lo que dicen y lo que quieren decir (la regla de la caridad de Davidson), al menos podemos tomar conciencia de ese fallo. Y desarrollar el ingenio para convertir el diálogo imposible en una oportunidad de entender al otro como un objeto de análisis, y, de paso, auto-analizarnos.

Al conseguir así cierta distancia respecto a nosotros mismos, gracias en parte a no esperar ya demasiado del diálogo ni esperarlo demasiado pronto (pero sin permitir que nuestra curiosidad decaiga), podemos darnos cuenta de que los otros ponen de relieve temas interesantes; y aprovechar sus razonamientos para enriquecer el nuestro.

Lo cual, en mi caso, significaría que sí: que debería haber anticipado, y comprendido, el rechazo frontal, de entrada, a mis “buenos consejos”. Debería haber imaginado que lo que para mí era, en cierta medida, una cuestión teórica, en el fondo lejana, visto de cerca era un asunto existencial, mucho más próximo y dramático. Era como si con su rechazo me estuvieran diciendo: “Este hombre no se ha enterado de dónde está y cómo somos y cómo nos sentimos sobre esta materia. Pues se va a enterar.” E ítem más: “Ni se ha dado cuenta cabal de lo mucho que han cambiado las cosas en los últimos años, y hasta dónde han llegado nuestros sentimientos de rechazo a la indiferencia con la que, creemos, nos ven desde Madrid. De rechazo a ese descuido crónico de lo que, o es supremamente importante, o nos hemos convencido de que lo es dando vueltas y vueltas en torno a un tema que nos afecta, y mucho. Y ya sólo con que eso sea así, a cualquiera que esté atento, debería bastarle.” (Comillas del autor, escena imaginaria.)

De lo cual se deduce un segundo aprendizaje. El de que el rechazo (el reproche) puede contener un componente emocional y cognitivo positivo, y estimulante. Y ser tratado como un fenómeno ambiguo: de rechazo, pero también de invitación a una lucha por el reconocimiento de la que quizá brote un mayor entendimiento mutuo. Entender, por ejemplo, que parte de lo que ocurre es que estamos ante gentes que reclaman más atención a su condición de sujetos.

Un tercer aprendizaje sería comprender que, en el fragor del debate, solemos asistir al fenómeno de pérdida de visión del otro, o, dicho de otro modo, de infravaloración de su realidad. Y ello, por ambas partes. Con lo cual los malentendidos mutuos pueden encadenarse, reforzarse unos a otros, y generar un ambiente de creciente confusión.

Por ejemplo, quizá los no independentistas apenas se dan cuenta de la fuerza de los sentimientos y los simbolismos de los (dos millones de) independentistas catalanes; ni estos se lo dan, a su vez, de la de los sentimientos y los simbolismos de

quienes se identifican como españoles y constitucionalistas en Cataluña (también dos millones, y dejando aparte al resto de España). Al mismo tiempo, quizá muchos no independentistas se sienten aún, de alguna manera, *els altres catalans*, perteneciendo a una sociedad subordinada, de hecho, a la sociedad hegemónica que controla la economía, la vida social y la cultura, formada por catalanes de ascendencia y lengua materna catalanas; aunque, por otra parte, es obvio que tal hegemonía está limitada por las instituciones y autoridades estatales. Y a su vez, todos estos sentimientos encontrados suelen ir cambiando como resultado de su entrecruzamiento con los intereses más variados.

En definitiva, aunque las partes en el debate son, ambas, realidades resistentes y celosas de su identidad, son también realidades complejas y fluidas. Y, por fluidas, un tanto turbias: siempre pendientes de aclararse. Tanto más cuanto que unos y otros viven, y conviven, en un diálogo cruzado de unos con otros, y consigo mismos. Con qué se identifiquen, no es tan sencillo de saber; y parece probado que muchos tienen alguna forma de doble identidad (española y catalana, por no hablar de una identidad europea).

Llegados a este punto cabe dar otro paso, y otra vuelta de tuerca al razonamiento, e introducir, como cuarto aprendizaje, una cautela y un motivo de esperanza.

Comenzando por hacer memoria y recordar las enseñanzas de una tradición cultural de al menos algunos milenios acerca de la experiencia del bien y el mal, la paz y la guerra, el amor y el odio. Que nos viene a decir que, en el drama político del momento (actual), las relaciones ambivalentes pueden decantarse tanto por la enemistad como por la amistad. (Aparte la posibilidad de que se decanten por un estado prolongado de bipolaridad o esquizofrenia.) Mucho depende, un resultado u otro, de que las gentes se dejen guiar de su sentido común y sus mejores sentimientos morales, o se dejen llevar del deseo de explotar, dominar, humillar y adoctrinar a los demás. En el fondo es así de simple. A este respecto, en el siglo XVII los observadores de la sociedad solían ser más pesimistas que los del siglo XVIII. A la vista de nuestra experiencia del siglo XX quizá debamos considerar que se trata de una cuestión abierta.

La cautela sería, pues, la de ser comprensivos, pero no “demasiado comprensivos”. Lo más sensato sería ser “comprensivos realistas y razonables”: a la manera de quienes van por partes, y atentos al contexto y a las posiciones de todos, y entienden que el juego es de largo alcance, y las etapas se suceden en un proceso. Al final (y *no* hay final definitivo), se trata de comprender por qué las gentes de cada “aquí y ahora” no son tan comprensivas, por qué se obstinan y se ofuscan y desconfían y se rechazan tanto, con tanta frecuencia e intensidad; y también por qué, a partir de un punto, el mero repetir “diálogo y diálogo” puede ser contraproducente e incluso sonar a falso. Y estar atentos para distinguir entre amistades verdaderas (obras son amores) y amistades falsas (meras palabras).

Motivo de esperanza es ya el sólo hecho de tenerla. Y con la esperanza, el rumbo y el impulso para recorrer la senda que nos lleve del terreno de las descalificaciones y acusaciones (de “liberticidas”, “victimistas”, “supremacistas”, etcétera), al de un diálogo inteligente, que nos permita afrontar los varios problemas sustantivos, crisis y pandemia y otros, del momento. Tanto más graves y acuciantes, tanto más necesitados de buen juicio.

Ese diálogo paciente y lúcido, si se logra, y si “los hados son favorables”, como decían los antiguos (los modernos suelen hablar de “tendencias”), puede convertirse en hábito. Y dar lugar a un espacio de respeto mutuo y de cooperación que a su vez nos aproxime al modelo de una comunidad cívica. Que se llame Europa, se llame España, se llame Cataluña, se llame de las tres formas al tiempo. Sin olvidar que la verdadera amistad no es el resultado de un pacto o un proyecto. Nosotros la invocamos. Y ella viene cuando quiere venir, gratuitamente. O no viene nunca.

2.2. Atentos a los focos de tergiversación, y elogio de lo insólito

La creación de, y el cuidado por, un espacio de amistad supone una faena continua, que incluye tanto manejar las críticas injustas o los ataques de un tipo u otro, como cultivar cierta forma de idealismo. Templar al animal, y apuntar alto. Conversar y contener la tergiversación, y soñar acuerdos.

Una conversación no suele ser una tarea fácil. No lo es la conversación (con frecuencia) implícita en los mercados (Pérez-Díaz, 2009), o en la ofrenda religiosa. Tampoco lo es en el terreno político, donde, muchas veces, el debate ofusca más que ilustra, y separa más que acerca. Tanto más cuanto más domina la presencia en él no de ilustrados benévolos sino de gentes voluntaristas y con una propensión a la tergiversación y la confusión mental, bajo formas diversas, como pueden ser la del hiperrealismo mágico, los simbolismos borrosos, y la creencia en la omnipotencia de las ideas⁸.

Planteada la cuestión en términos generales, ello suele ocurrir con una variedad de políticos, elites, intelectuales. Por ejemplo, con lo que antes se llamaba la burguesía tradicional, así como con agentes políticos y culturales tales como los políticos profesionales, los intelectuales o los medios de comunicación. A su vez, la frecuencia de estas prácticas tiene mucho que ver con la importancia relativa del sesgo agonístico de los sistemas institucionales en los que operan: capitalismo, democracia de partidos, tejido de grupos de interés. Digamos, por simplificar, que esa sección de la burguesía acomodada (con su dosis de ilustración benévola) vive su vida, está atenta a su interés, y cree que, ocurra lo que ocurra, de una forma u otra (a ella) no (le) pasará nada y (ella) no sufrirá gran cosa. Sus gentes asisten a la política como

⁸ Sobre la aplicación del hiperrealismo mágico a la escena política y social española, y sobre los simbolismos borrosos puede verse Pérez-Díaz (1996; 2008).

cuando, en generaciones pasadas tal vez, iban a París, a ver teatro de *boulevard*. Esa sería la política en clave de teatro, en el proscenio, para el público, y más entre bambalinas, para los iniciados. En consonancia con lo cual, en todo es sincera, incluso en su no serlo del todo, y a casi todo le puede encontrar justificación: quizá un resabio de una mezcla de librepensadores escépticos y un clericalismo de confesión pro forma y penitencia ligera.

Y conviene recordar (sin ánimo de generalizar en exceso) que podemos encontrar que sus hijos rebeldes no son sino los rivales miméticos de sus padres. Opuestos y parecidos. Como los *soi-disant* revolucionarios posmodernos, propensos a moldear sus discursos según las circunstancias, tratando de transmutar su impotencia en omnipotencia, y decidiendo que las cosas son como las va marcando el guión o la trama del entremés o la tragicomedia de turno, con su propensión a imponerse y sin perder de vista su ventaja.

Así las cosas, bastantes políticos se pueden acostumbrar a dar a entender que son los autores de la creación continua del mundo, y que, con sus decires, hacen: el paro baja, la economía crece, la solidaridad se consigue, y los peligros exteriores se conjuran; mientras que con sus adversarios todo se malogra. Ellos serían como dioses cuya palabra creara y recreara el mundo. Si se quedaran en silencio, no saldría el sol. Tienden a transformar la política en un melodrama salpicado de arias desgarradoras o cómicas o triunfantes, de calidad variable; incluso seguida a veces de un merecido aplauso.

En general, en ese melodrama suele prevalecer el papel de los políticos como señores de la guerra. De hecho, el lenguaje de la política tiende a ser, desde tiempo inmemorial (aunque no siempre haya sido así), el de la dominación y la guerra por otros medios; y muchos políticos aspiran a ser reconocidos como “animales políticos”, poco menos que animales de presa, mejor temidos (de cerca) que amados (de lejos). Mientras que, por el contrario, encontramos una plétora de testimonios de las gentes comunes en forma de respuestas a encuestas, por las que se pone de manifiesto que, aunque ven efectivamente a los políticos como beligerantes, en cambio, se ven a sí mismas como mucho más pacíficas. Un simple detalle: preguntados en una encuesta en 2012, el 72,1 % de los catalanes y el 71,9 % del conjunto de los españoles pensaba que, “en relación con las controversias sobre las autonomías, los nacionalismos, etc. en España ... la mayoría de la gente tendería a llegar a acuerdos, pero los líderes políticos tienden a promover el conflicto” (Pérez Díaz, Mezo y Rodríguez, 2012)⁹.

⁹ Ello es congruente con otros datos sobre sentimientos de pertenencia (mixtos) y preferencias por diversas variantes de autonomía (graduadas), que facilitan compromisos; así como sobre el carácter de fracaso histórico (grave) y el riesgo de disenso interno (alto) que esa separación traería consigo (lo que supone anticipar los altos costes del conflicto); y, finalmente, sobre la probabilidad de la separación de España (no muy alta, quizá el efecto de *wishful thinking* y/o de la expectativa del triunfo de la inercia y/o de una suerte de contención o prudencia de última instancia: se admiten apuestas...).

Finalmente, cruciales en la configuración, y tergiversación, del espacio público, encontramos, con cierta frecuencia, un mundo de intelectuales y asimilados, protagonistas o partícipes en los medios de comunicación y la academia, que suelen ir por la vida mitad de buscadores de verdades y mitad de acompañantes meritorios de las elites políticas y socioeconómicas, poniendo las palabras (las cifras, los signos de exclamación, los relatos) en los labios de unos y de otros; acertando a veces, no siempre. Aunque sea como coristas del coro, son espíritus inquietos que buscan, y suelen obtener, sus quince minutos de gloria.

De modo que sí: que, en la medida en la que unas pautas de tergiversación han podido prevalecer, el debate público de estos años se ha ido haciendo un tanto áspero; pero no tanto (y el matiz importa mucho) que nos haga olvidar el componente racional que ese mismo debate contiene. Un debate que, en el ejemplo escogido, con la relativa aspereza de sus tres rechazos, me decía y nos decía, que la mera exposición a los hechos no basta porque nos hace falta el marco interpretativo que da sentido a los hechos – e irlos acumulando así, entreverados de palabras, *sine die*. Y que importa, y mucho, entender a las gentes como agentes, y no como meros formuladores de respuestas a encuestas, ni (cabe añadir) depositantes de votos en urnas.

El tejemaneje de un diálogo que no sea un diálogo de sordos es cuestión ardua, y no basta invocarle y repetir el mantra de “diálogo, diálogo”; porque el diálogo real va y viene como un pájaro errático, y el asirlo requiere su empeño. Y porque, aun manejando a distancia el espacio público, todavía queda añadir el contexto de un comprender mejor, un empatizar más de fondo, un pararse a incorporar las críticas ajenas, una búsqueda de sentimientos comunes, un relato más largo, una paciencia mayor, un espacio de amistad, un nosotros más amplio. Y comprender que el fenómeno de la tergiversación del espacio público responde a una combinación de tergiversación sistémica y de proyectos y estrategias: una tergiversación sistémica ligada a diversas estrategias de dominación, explotación y humillación.

Elogio de lo insólito, y ¿una amistad imprevista pero no inesperada?

Pero a ello habría que añadir la posibilidad de un impulso positivo del espacio de amistad; y tampoco tan alejado, por lo demás, de la propia experiencia. Por ejemplo, en mi caso, en realidad yo debería haber recordado a tiempo (y no lo hice por un error de juicio del que no fui consciente en su momento) lo que me había ocurrido treinta años antes. A saber, que allá por los ochenta, en plena floración de lo que antes he llamado el momento Roca, escribí un artículo en *Diario 16* (1984)

desarrollando la idea de que Cataluña, libre y capaz, se encontraba ante un abanico de opciones, entre el ensimismamiento, la separación y un papel protagonista en España, y cuán posible y deseable era que eligiera la de desempeñar un papel protagonista en la vida y la política española: todo ello compatible con su identidad diferencial, y con su identidad europea, y con su vocación global. Y me encontré con que tuve un comentario más bien elogioso por parte de un escritor, Ramón Barnils (1984), el cual (yo entendí que) casi me ponía de ejemplo a algunos de los propios catalanistas porque venía a creer en las opciones abiertas a Cataluña más de lo que parecían creer ellos mismos. De manera que, visto como un pro-catalán entre españoles reticentes e incluso, de algún modo, casi más catalanista que los catalanistas inseguros de sí mismos, me convertí a sus ojos en alguien insólito, al que mi comentarista reconvenía y criticaba, sin embargo, por un defecto de realismo, que, a sus ojos, me hacía pasar por encima de los “pequeños detalles” de la presión, que él creía abrumadora, de *“la Constitució als estatuts passant pel DNI, la Benemèrita, tres segles de submissió... i tota la panòplia estatal, administrativa i fàctica d’Espanya”*.

A lo que ahora respondo, me temo que con un poco de retraso, que sí, que acepto su ironía mitad benévola mitad nunca sabré si quizá no tanto; pero, con todo ello, me considero y me reitero, aunque sólo sea por mor de la discusión, aquí y ahora, a mí mismo como insólito o desacostumbrado al menos en un sentido: en el de quebrar la costumbre de seguir aspirando a aquella famosa conllevancia (Ortega y Gasset, 1973 [1932]), que, despojada del aura de su nostalgia primera, y bajo forma ahora de acuerdos formales y de barullos recurrentes, se nos ha ido haciendo cada vez más insuficiente para lo que está en juego: el riesgo de la ruptura, y el caos que dejaría una espiral de desconfianza mutua como herencia.

En definitiva, los escenarios posibles son varios. Para empezar, disimular el riesgo de una ruptura es absurdo. Porque la paridad de fuerzas, que sugiere un equilibrio estable, no acaba de ser tal, ya que no hay paridad de sentimiento y afán, entre los contendientes, y, por el momento: los unos parecen más movilizados que los otros¹⁰. Y porque, si la desconfianza es grande, el continuo oscilar de los sentimientos puede provocar apuestas imprudentes: tales como una extensión del problema a otros territorios y un caudal de desaires y reproches inacabables, una sucesión de pleitos y exhibiciones en la plaza pública, y una búsqueda de culpables y chivos expiatorios, y a ser posible inermes, empezando por los más próximos.

Al mismo tiempo, por otra parte, hay razones para albergar buenas esperanzas, ancladas, en último término, en aquella inseguridad existencial a la que me refería al principio, y ligadas a las necesidades de comprensión y de ayuda mutua en tiempos difíciles. Razones apoyadas, además, en la capacidad que nos queda para compren-

¹⁰ Es percibido así entre los independentistas que apuestan por una acción resuelta inmediata, como, por ejemplo, Quim Torra, que se imaginan corriendo “los últimos cien metros” (Torra, 2016).

der y aprender, y, en este sentido, para superar, por ejemplo, la cortedad de visión de los partidos políticos y sus electorados, en general, de los años setenta y ochenta y noventa del siglo pasado, y primeras décadas de este siglo, sobre el problema catalán. Y asimismo, en la capacidad para cultivar los buenos sentimientos de ayudarnos mutuamente, empezando por la escucha recíproca y el respeto de los hechos diferenciales, de todos, pero también el respeto de los rasgos comunes, gracias a todo lo cual hemos llegado hasta aquí, en términos relativos de libertad, prosperidad y paz civil; ya que, en caso contrario, hubiéramos perdido del todo el camino hace ya tiempo – y no por falta de intentarlo. Con sentido común y con sentido de lo común, y una visión un poco amplia, existe, pues, la posibilidad de construir y reconstruir un espacio de amistad en Cataluña y en el conjunto de España y en el conjunto de Europa – y en particular, un espacio de amistad entre Cataluña y el resto de España. Un espacio de fidelidad y lealtad recíprocas que podría y debería ser el objetivo que marque el rumbo a largo plazo de esta experiencia histórica nuestra, que ha estado y está en curso desde hace ya siglos.

Finalmente, y buscando el equilibrio entre aspiración y realismo, conviene reconocer que hablamos de un objetivo de alcance a medias entre lo probable y lo improbable. Improbable, si falta un apoyo sustancial de los segmentos sociales influyentes a los que me he referido antes; siendo así que, para que den ese apoyo, se requiere, no sólo que así lo quieran sino, sobre todo, que la gente común así lo entienda, se movilice y lo exija. Y asimismo se precisa que tales esfuerzos, de todos, vengan acompañados no de un rosario de exhortaciones al diálogo, sino de una narrativa explicando tanto la deseabilidad del objetivo como su *plausibilidad*. Que atienda a los recursos, los obstáculos, las alianzas y los detalles de la puesta en práctica; y sin perder de vista las otras partidas simultáneas. Una narrativa que deje abierto el terreno para un ir y venir entre una amistad pragmática, “de interés”, que se queda en poco, y una amistad “verdadera”, que apunta más alto.

Por mi parte, insisto (y puestos a incluir un testimonio personal, reconozco que, quizá mi insistencia algo que tenga que ver con el recuerdo de mi abuelo, que era de Calatayud, y la impresión de que quizá a los aragoneses les toque un papel a jugar en estos encuentros y desencuentros...), tanto a pesar de los rechazos como a causa de ellos, en la apuesta por este objetivo insólito. Insólito, porque desacostumbrado e inesperado – o quizá “imprevisto, pero no inesperado”. Justamente, como la amistad.

Buscamos la amistad impulsados por aquella inseguridad básica de supervivientes transitorios, a la que me referí al principio, modulada por las condiciones históricas de cada caso. Porque nuestro modo de entrar en el mundo, de sobrevivir y de vivir en él, es conviviendo atentos a estar rodeados de cuidados básicos, por dar y por recibir. Junto con ello viene, desde la infancia, el motivo de la curiosidad por aquella *haecceitas* de los filósofos medievales, la individualidad diferenciada; por el hecho diferencial, por lo que es distinto. Que es lo que nos suele empujar a relacio-

narnos con quienes no son nuestros iguales, en su sentido más amplio, *precisamente* por el hecho de no serlo, evitando así el aburrimiento de la repetición de lo que ya sabemos demasiado bien qué es y cómo es. Viajamos, emigramos, leemos, nos evadimos, nos encontramos, nos perdemos y nos echamos de menos. En búsqueda incesante.

Amistad y curiosidad se entreveran en todas las partidas de ajedrez de la vida política. Y tanto más cuanto más se trata de juegos a largo plazo, o juegos de suma positiva, que implican una reiteración de los tratos, y alianzas recurrentes. Pero justamente la amistad es cuestión de tiempo. El tiempo que la forja, y que la pone a prueba. Y tanto más ahora, tiempo de pandemia, prueba de supervivencia.

BIBLIOGRAFÍA

ABELLÁN GARCÍA, ANTONIO, ACEITUNO NIETO, MARÍA DEL MAR y RAMIRO FARIÑAS, DIEGO (2019). Estadísticas sobre residencias: distribución de centros y plazas residenciales por provincia. Datos de abril de 2019. *Informes Envejecimiento en Red*, 24.

ANALISTAS SOCIO-POLÍTICOS (2021). *Encuesta ASP 20.066*.

BACHELARD, GASTON (1943). *L'air et les songes: Essai sur l'imagination du mouvement*. París: Librairie José Corti.

BARNILS, RAMON (1984). De Ponent, una lliçó. *El Temps*, 27, 24-30 de diciembre.

BELLAH, ROBERT (2011). *Religion in Human Evolution. From the Paleolithic to the Axial Age*. Cambridge, Massachusetts: Belknap/Harvard University Press.

BROOKS, DAVID (2020). Mark Shields and the best of American Liberalism. *The New York Times*, 21 de diciembre.

CAMMACK, DANIELA (2013). Aristotle and the Virtue of the Multitude. *Political Theory*, 41(2), pp. 175-202.

CANDEL, FRANCESC (1964). *Els altres Catalans*. Barcelona: Edicions 62.

CARTWRIGHT, NANCY, CAT, JORDI, FLECK, LOLA y UEBEL, THOMAS (1996). *Otto Neurath: Philosophy between Science and Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.

CERVANTES, MIGUEL DE (1981) [1605]. *Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Aguilar.

CÍRCULO CÍVICO DE OPINIÓN (2020). Posiciones. COVID-19, ESPAÑA-20, abril.

COHEN, MICHAEL (2016). *American Maelström: the 1968 Elections and the Politics of Division*. Oxford: Oxford University Press.

DALARUN, JACQUES (2012). *Gouverner c'est servir: Essai de démocratie médiévale*. París: Alma Éditeur.

DAVIDSON, DONALD (2006). *The Essential Davidson*. Oxford: Clarendon Press.

GONZÁLEZ DURÁNTEZ, MIRIAM (2020). Un camino de sudor y hierro tras el Brexit. *El Mundo*, 31 de enero de 2020.

GOPNIK, ALISON (2009). *The Philosophical Baby*. Nueva York: Picador/Ferrar, Straus y Giroux.

GRACIÁN, BALTASAR (1993) [1642]. *Agudeza y Arte de Ingenio*. En *Obras Completas. Tomo II*. Madrid: Biblioteca Castro/Turner.

HEIDEGGER, MARTIN (1975) [1951]. *Poetry, Language, Thought*. Trad. A. HOFSTADTER. Nueva York: Perennial Classics.

HOMANS, GEORGE (1961). *Social Behavior: Its Elementary Forms*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.

HORACIO. (2005) [23 a. C.]. *Odas*. Trad. A. BEKES. Buenos Aires: Losada.

IOANNIDIS, JOHN P. A. (2020). A fiasco in the making? As the coronavirus pandemic takes hold, we are asking decisions without reliable data. *STAT*, 17 de marzo.

JUDT, TONY (1996). *A Grand Illusion? An Essay on Europe*. Nueva York: Hill and Wang.

KANTOROWICZ, ERNST (2004) [1949]. *Mourir pour la patrie et autres textes*. Trad. L. MAYALI. París: Fayard.

KISSINGER, HENRY (2014). *World Order: Reflections on the Character of Nations and the Course of History*. Nueva York: Penguin.

LAIGNEL-LAVASTINE, ALEXANDRA (2005). *Esprits d'Europe: Autour de Czeslaw Milosz, Jan Patocka, Istvan Bibó*. París: Gallimard.

LEIBNIZ, GOTTFRIED WILHELM (1995) [1686-1714]. *Discours de métaphysique suivi de Monadologie*. París: Gallimard.

LEIBNIZ, GOTTFRIED WILHELM (2011) [1692]. Memoria para personas ilustradas de buena intención. En J. DE SALAS (Ed.). *Escritos de filosofía jurídica y política*. Madrid: Biblioteca Nueva.

LEYS, SIMON (2012). *Le Studio de l'inutilité*. París: Flammarion.

LUKACS, GEORG (1960) [1923]. *Histoire et conscience de classe*. Trad. K. AXELOS y J. BOIS. París: Les Éditions de Minuit.

MACHADO, ANTONIO (1948). Proverbios y cantares. En *Poesías Completas*. Madrid: Espasa Calpe.

MARX, KARL (1955) [1869]. *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras.

MAS-COLELL, ANDREU (2019). Un pasaje estrecho, pero pasaje al fin. *El País*, 17 de diciembre.

MILBANK, JOHN y PABST, ADRIAN (2016). *The Politics of Virtue*. Londres: Rowman and Littlefield.

NEWMAN, JOHN HENRY (1979) [1870]. *An Essay in Aid of a Grammar of Assent*. Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press.

NIETZSCHE, FRIEDRICH (1968) [1888]. *Twilight of the Idols. The Anti-Christ*. Trad. R. J. HOLLINGDALE. Londres: Penguin.

NIETZSCHE, FRIEDRICH (1979) [1888]. *Ecce Homo*. Trad. R. J. HOLLINGDALE. Londres: Penguin.

NYE, JOSEPH (2015). *Is the American Century over?* Cambridge: Polity.

OAKESHOTT, MICHAEL (1996). *The Politics of Faith and the Politics of Scepticism*. New Haven y Londres: Yale University Press.

OAKESHOTT, MICHAEL (2000) [1975]. *El Estado europeo moderno*. Trad. M. CANDEL SANMARTÍN. Barcelona: Paidós.

OLIVARES, MARINA (1999). *Obra*. A Coruña: Fundación Caixa Galicia.

OLLER, JOSEP M., SATORRA, ALBERT y TOBEÑA, ADOLF (2019). Pathways and legacies of the secessionist push in Catalonia: linguistic frontiers, economic segments and media roles within a divided society. *Policy Network Paper*, octubre.

OLSEN, JOHAN (2017). *Democratic Accountability, Political Order, and Change*. Oxford: Oxford University Press.

ORTEGA Y GASSET, JOSÉ (1973) [1932]. Discurso sobre el Estatuto de Cataluña. En *Rectificación de la República. Escritos políticos III* (pp. 209-239). Madrid: Ediciones de la Revista de Occidente.

PASCAL, BLAISE (1950) [1659-1661]. *Pensées*. Ed. L. BRUNCHSVICG. París: Hachette.

PÉREZ-DÍAZ, VÍCTOR (1971). *Estructura social del campo y éxodo rural: estudio de un pueblo de Castilla*. Madrid: Tecnos.

PÉREZ-DÍAZ, VÍCTOR (1984). La encrucijada histórica de Cataluña. *Diario 16*, 4 de diciembre, p. 3.

PÉREZ-DÍAZ, VÍCTOR (1993). *La primacía de la sociedad civil*. Madrid: Alianza.

PÉREZ-DÍAZ, VÍCTOR (1996). *España, puesta a prueba 1976-1996*. Madrid: Alianza.

PÉREZ-DÍAZ, VÍCTOR (1997). La esfera pública y una sociedad civil europea. En *La esfera pública y la sociedad civil* (pp. 59-100). Madrid: Taurus.

PÉREZ-DÍAZ, VÍCTOR (2008). *El malestar de la democracia*. Barcelona: Crítica.

PÉREZ-DÍAZ, VÍCTOR (2009). Markets as conversations. En V. PÉREZ-DÍAZ (Ed.) *Markets and Civil Society: The European Experience in Comparative Perspective* (pp. 27-76). Nueva York: Berghahn.

PÉREZ-DÍAZ, VÍCTOR (2014). Civil society: a multi-layered concept. *Current Sociology*, 62(6), pp. 812-830.

PÉREZ-DÍAZ, VÍCTOR (2017). *La voz de la sociedad ante la crisis*. Madrid: Funcas.

PÉREZ-DÍAZ, VÍCTOR (2020). *Tres ensayos sobre Europa/Three Essays about Europe*. Madrid: Funcas.

PÉREZ-DÍAZ, VÍCTOR (2021) (en prensa). Europa y el triunfo de la paz sobre la guerra. *ASP Research Papers*.

PÉREZ-DÍAZ, VÍCTOR y RODRÍGUEZ, JUAN CARLOS (2010). *Alerta y desconfiada. La sociedad española ante la crisis*. Madrid: Funcas.

PÉREZ-DÍAZ, VÍCTOR, MEZO, JOSU y RODRÍGUEZ, JUAN CARLOS (2012). *La crisis y las autonomías. La sociedad española ante la crisis y el sistema de las autonomías*. Madrid: Funcas.

POE, EDGAR ALLAN (1978) [1841]. A Descent into the *Maelström*. En *Selected Writings* (pp. 179-188). Nueva York: Penguin.

POLANYI, KARL (1992) [1944]. *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time*. Boston: Beacon Press.

PORTER, EDUARDO y TANKERSLEY, JIM (2020). Can we put a price tag on a life? Shutdown forces a look. *The New York Times*, 26 de marzo.

PROUST, MARCEL (1954) [1917]. *Du cote de chez Swann, en À la recherche du temps perdu*. Vol. 1. París: La Pléiade.

RILEY, PATRICK (1996). *Leibniz' Universal Jurisprudence: Justice as the Charity of the Wise*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.

RODRÍGUEZ, JUAN CARLOS (2017). El desafío independentista: sociedad y política en la Cataluña actual. *ASP Research Papers*, 113(a)/2017.

ROLDÁN, CONCHA (2014). Paz perpetua y federación europea: la crítica de Leibniz a Saint-Pierre. *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades*, 16(32), pp. 111-133.

SALVATI, MICHELE (2020). Il virus e la terza repubblica. *Il Foglio*, 28 de febrero.

SANTAYANA, GEORGE (1998) [1911]. *The Genteel Tradition*. Lincoln y Londres: University of Nebraska Press.

SKINNER, QUENTIN (2002). *Visions of Politics*. Vol. 2. Cambridge: Cambridge University Press.

SÖHNGEN, GOTTLIEB (1961). *El camino de la teología occidental*. Trad. J. AGUIRRE. Madrid: Revista de Occidente.

SOLOVIEV, VLADIMIR (2005) [1900]. *Trois entretiens sur la guerre, la morale et la religion, suivi du Court récit sur l'Antéchrist*. Trad. B. MARCHADIER. París: Ad Solem.

STAËL, MADAME DE (1965) [1813]. *De l'Allemagne*. París: Guibert Flammarion.

TÁCITO, CAYO CORNELIO (1946) [circa 98]. Vida de Julio Agrícola. En *Obras Completas*. Trad. V. BLANCO. Madrid: Aguilar.

TORRA, QUIM (2016). *Els últims 100 metres: El full de ruta per guanyar la República Catalana*. Barcelona: Angle Editorial.

VOEGELIN, ERIC (1989). *Autobiographical Reflections*. E. SANDOZ (Ed.). Baton Rouge: Louisiana State University Press.

WALICKI, ANDRZEJ (1979). *A History of Russian Thought from the Enlightenment to Marxism*. Trad. H. A.-RUSIECKA. Stanford: Stanford University Press.

WHITE, MORTON (1981). *What is and what ought to be done*. Oxford: Oxford University Press.

ZHANG, WEIWEI (2017). The China Wave: The Rise of a Civilizational State. *EIR*, 18 de agosto.

FUNCAS

C/ Caballero de Gracia, 28
Madrid, 28013, Spain
Tel. +34 91 5965481 +34 91 5965718
Email: publica@funcas.es
www.funcas.ceca.es

ISBN 978-84-17609-57-3

